



11 besos
bajo el muérdago
y una taza
de chocolate

Aurora Salas

11 besos
bajo el muérdago
y una taza de chocolate

Aurora Salas Delgado

11 BESOS BAJO EL MÚERDAGO Y UNA TAZA DE CHOCOLATE

© Aurora Salas Delgado

Primera Edición 2019

Diseño de portada: Aurora Salas Delgado

Copyright Imágenes: Imagen de portada [Jill Wellington](#) en [Pixabay](#). Imagen trasera de [Free-Photos](#) en [Pixabay](#)

Maquetación: Aurora Salas Delgado

KINDLE EDITION

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra registrada n°: 1912052629124

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

EL TATUAJE QUE ACARICIÓ PAPÁ NOEL.

BOMBONES

EN LA OSCURIDAD.

PIDE UN DESEO.

SI ME LIMPIAS EL COCHE

MI MEJOR AMIGA

ENTRE PERSONAJES ANDA EL JUEGO

TE DIBUJARÉ HASTA BESAR TUS LABIOS

QUIERO SER TU MODELO

HAZME UN CAFÉ

ALAS DE TERCIOPELO

DETALLES

Agradecimientos

Estos relatos se han hecho con mucho cariño, inspirado en sus protagonistas reales, como un regalo de Navidad o un regalo simplemente porque son personas que están presentes en mi vida o han estado.

A mis queridas amigas, compañeros de trabajo y siempre, mi familia. Por sus apoyos y paciencias.

Ojalá a muchos de mis protagonistas les suceda algo tan maravilloso como sus historias.

Aurora Salas

Prólogo

Todos, sin excepción, tenemos deseos, deseos que podemos cumplir y otros tantos tan inalcanzables que solo pueden ser soñados o cumplidos por otra persona más allá de nuestros límites. Pero... ¿Y si esos deseos pudiesen cumplirse con una simple carta, pensamiento... en Navidad?

La Navidad no es sólo para los niños, es para todos los espíritus y eso concluye cualquier edad.

Pequeños relatos, donde los protagonistas viven sus mejores deseos... hechos realidad.

El tatuaje que acarició Papá Noel.

“Es suave, uniforme... quizás con un poco de relieve, pero es una parte de mi vida hecha en mi piel... reflejada en una imagen.”

Pepa estaba sentada, con la espalda recta y las piernas cruzadas, en pleno centro de su mullida alfombra, con música de fondo suave en la que sonaban las olas marinas rompiendo contra la orilla. Sus ojos de pestañas perfiladas que le daban ese toque de pillina y dulce niña, permanecían tranquilas cubriendo sus ojos mientras su respiración controlada la sumergía en el estado de plenitud al que pretendía llegar.

Sus hijos pronto acabarían las clases, debían aprovechar y ponerse al día en los momentos libres que se pudiese permitir. Así lograría controlar sus nervios, y si ella estaba calmada, todos lo estarían a su vera.

La música comenzaba a llegar a su fin. El olor a incienso se iba perdiendo en el ambiente. Suspiró largamente abriendo sus ojos marrones, dando vida a su rostro que no aparentaba la edad que en verdad tenía, y si era el caso, su espíritu era lo contrario.

Estiró sin esfuerzo, pausadamente, no tenía ganas de nada, de nada que no fuera relajarse más aún de lo que ya estaba. Por desgracia, había tareas que hacer en casa y la “chacha” era ella, y más en su día libre.

Así que se incorporó estirando también sus piernas y el resto del cuerpo, enfundado en su ropa deportiva preferirá para la ocasión: ancha y escotada, que dejaba entrever su top deportivo, y engañaba de miradas al bellissimo cuerpo que estaba debajo de tan gran ropa.

Su marido estaba trabajando, de hecho, estaba segura por la hora que era, que todos sus vecinos estaban trabajando. Excepto los de enfrente de su balcón de la parte de atrás, que ya estaban jubilados. Pero posiblemente habían salido a su paseo habitual.

Subió las escaleras, con la música en la cabeza que pondría para seguir con sus tareas domésticas. Tomó la escoba cantando en poco la canción que surgió en los altavoces, terminando; fue cuando al dejar la escoba, vio algo extraño sobre la encimera de la cocina. Una caja roja con una carta la estaba esperando con su nombre inscrito.

La tomó entre sus dedos abriéndola.

“Querida Pepa:

Sé cuánto necesitas relajarte, así que te mando este set para un baño perfecto. Úsalo cuanto antes, no lo pienses. Luego acariciaré a ese hermoso tatuaje.

Tuyo, Papá Noel.”

—¿Papá Noel? Sí, claro, y yo soy la reina maga de oriente, no te jode. —dijo en voz alta incrédula, luego rió y abrió la caja.

Sales perfumadas con olor a azahar, aceite de baño para dejar la piel suave, incienso y velas. Un disco de música relax también estaba en el paquete.

No lo pensó, sencillamente, se fue hacia el baño, ya era hora de estrenar el jacuzzi. Desde que se mudaron hacía unos meses, entre el trabajo, los niños, la casa... por no hablar de los cambios de vecindad. Vamos, que no había tenido ocasión.

Puso el calefactor mientras dejaba el agua caer en aquel tanque ovalado al que había que subir un par de escalones, colocado en la esquina derecha del baño, entre los dos ventanales con

vidriera de colores. Echó el aceite y las sales, puso la música, dejó un albornoz preparado, incluso la alarma del reloj por si se le pasaba la hora para recoger a los niños... y comenzó a desnudarse.

El espejo de cuerpo entero que tenía la puerta cerrada pegado, le devolvía una silueta delgada y pequeña, con sus proporciones correctas en cada lugar, al darle la espalda para subir los peldaños, un tatuaje de una calavera enredada en un rosal, se veía hermosa en una de sus costados. Su símbolo de muerte y vida, de supervivencia, una etapa superada con creces y aprendida, sin lugar a dudas, de una mujer fuerte bajo aquella piel que parecía delicada.

No supo el momento en que cerraba los ojos, adormecida por la música y el olor al azahar. Sólo con la luz de las velas y el incienso como acompañante del todo relax que estaba teniendo.

Un suspiro escapó de su boca al sentirse tan bien. Las burbujas hacían milagros en sus tensados músculos, el agua caliente terminaba por arrastrarla hasta las estrellas. Fue cuando pasó.

Algo la estaba acariciando, algo áspero y caliente, grande y con dedos... aquello hizo que su mente la alertara y la hiciera abrir los ojos.

—¿Papá Noel? —preguntó incrédula mirando a su lado.

Papá Noel, no contestó, sólo sonrió a través de su falsa barba, comenzando a desnudarse delante de ella, con claras intenciones. Pepa, atónita por lo inesperado, tardó en reaccionar tapándose con sus brazos.

—Dije que vendría a acariciar ese tatuaje. —dijo la voz masculina en un sensual ronroneo que la deshizo, ¿era él?

Ya nada ocupaba su cuerpo, señalado de gimnasio, apetecible... aquél mástil que asomaba la dejó más que pillada y con la boca abierta.

Se metió en la bañera con ella, no se quitó el gorro ni la barba, estaba claro que no quería que lo reconociera. Sus ojos chocolate se clavaron en los suyos marrones mientras la tomaba con el dedo índice y el pulgar de la barbilla.

—Pepa... —la llamó dulce y sin esperar, atrapó su boca, consumiendo su aliento—. Sabes tan bien... —dijo entre susurros, en una acertada respiración para volver a su boca y saquearla a placer.

Su mano la atrajo hacia él, más aún, sorprendiéndola de que el agua no se saliese, que ambos cogiesen tan escandalosamente bien. Quizás esa bañera—jacuzzi estaba hecha para ellos.

Sintió sus caricias bajando por la espalda, apenas le daba tregua a besarla, como si ella fuese su droga y perdición, la barba le hacía cosquillas cuando se movía a los lados. Llegó al lugar deseado, acariciándolo con cariño y fue cuando se despegó de su boca, quitó su barba.

Ella sonrió.

—No sabía que el azahar era un afrodisiaco. —le dijo a su marido.

—Feliz Navidad, cariño. —contestó volviendo a su deseados labios.

Bombones

“Sábeme tan dulce como el chocolate... quiero comerte, beberte...amarte.”

Cansada y más que cansada, volvió a abrir el correo. Era frustrante no saber nada de él... ¿pero no decía que él y el ordenador eran amigos? Entonces... ¿Dónde narices estaba?

Abrió sin ganas una ventana nueva para poner un capítulo de su serie favorita, “*pequeñas mentirosas*”, el spam del video interrumpió a lo grande y en todo el medio de su visión. Suspiró con dejadez y leyó sin querer el anuncio:

“Escribe tu carta a Papá Noel, estas navidades, serán inolvidables...”

—Ya... —dijo con sarcasmo, y tomó las teclas—. Por eso te voy a pedir que venga un bombón para este bombón que está aquí. —dijo y escribió, pulsó “*enter*” y rió tras su travesura—. Ala... como si fuese verdad.

Le dio al “*play*” de la pantalla, tras unos minutos, la serie comenzó a salir con el resumen del capítulo anterior.

Lara se echó hacia atrás en el sofá, dispuesta a disfrutar de algo en aquella noche desolada, con un frío y lluvia que golpeaba la persiana bajada. Arrebujada con la mesa camilla y su brasero puesto, su *colacao* calentito en un lado de la mesa, todo al alcance para no levantarse.

El portero sonó. Levantó la vista extrañada, no esperaba a nadie. Otro *spam* salió al ataque sin pulsar nada. Lo leyó incrédula, restregándose los ojos.

“Por favor, su regalo de Navidad, ha sido enviado, ábrale la puerta.”

—Debe estar afectándome el sueño o quizás le eché demasiado cacao a la leche. —se dijo en voz alta. El portero volvió a sonar insistente. Se incorporó ya curiosa y lo tomó—. ¿Sí?

—Hola, soy repartidor de paquetes urgentes, ¿señorita Lara Zuara?

—Sí, la misma.

—Por favor, tiene que firmarme.

Apretó el botón para abrir abajo.

Sintió que el ordenador había cambiado a una música de... ¿sorpresa? Corrió a ver la pantalla, otro spam.

“Gracias por abrir la puerta de abajo, su regalo de Navidad está a punto de llamar a su puerta, no dude en abrirlo!”

—¡Oh, Dios Mío! Dime que esto es una alucinación... no claro... una cámara oculta.

Buscó por toda el salón, si había alguna, desde luego estaba bien escondida, porque no se veía por ningún lado, claro, su nombre lo decía “oculta”. El timbre de la puerta sonó haciendo que diera un respingo.

El ordenador repiqueteó con un mensaje, un nuevo *spam*.

“Señorita Lara Zuara... su regalo, abra, por favor... los bombones necesitan comerse”

—¡¿Qué?! Esto pasa a castaño oscuro, amigo. —le dijo al ordenador.

El timbre volvió a oírse, esta vez más de seguido, mientras otro mensaje aparecía en la pantalla.

“¿No era un bombón para otro bombón?”

—Lo que me faltaba —dijo ella exaltada—. Un hacker pervertido. Mira que si me tenía

vigilada y es vecino.

A todo eso, se asomó por la mirilla. No había nadie, ¿pero no tenía que firmar? Sólo había una *caja roja de Nestlé* gigante en su mismísima puerta.

—Esto es una locura, claro... me he dormido, no hay otra explicación. Mensajes lunáticos, hacker y bombones... ay, me dejé la cámara por algún lado. —dijo abriendo.

Examinó la caja con recelo, sin notar nada extraño que no fuera su tamaño. La empujó, asombrándose de que fuera tan liviana, quizás sí fuera realmente una caja de bombones o...

—¿Y si es una bomba? —pensó soltándola de improviso, pero ya estaba dentro de casa.

Las luces se apagaron, la caja se abrió y la puerta se cerró tras ella a la vez que unos brazos la rodeaban. La fragancia masculina la absorbió por completo, ese perfume que reconocería en cualquier lugar, esas manos que achacaban su cintura posesivamente...

Las manos subieron por su espalda mientras la otra se colaba por su camiseta buscando su pecho; antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra, su boca fue cubierta e invadida por sabor a chocolate... chocolate de bombón.

Decían que el cacao era afrodisíaco, quizás solo el pensarlo y desearlo también lo era, porque aquél paquete recién abierto estaba haciendo que la temperatura de su cuerpo subiese.

Dejó su boca, marcando besos por su cuello, haciéndola suspirar y cerrar los ojos; el cuerpo masculino la mantenía apretada entre la puerta y él, todo apagado a excepción de la pantalla del ordenador que sonaba con otra música diferente; apenas podía adecentar a su cerebro, pero ella juraría que era la banda sonora de "*nueve semanas y media*". Si era un sueño, ¿por qué no dejarse llevar?

Aquellas manos engancharon una de sus perlas por debajo de la tela del sujetador, alzándola y moldeándola a su gusto, haciéndola vibrar por el placer, a sabiendas que ella se estaba derritiendo como el chocolate con el sencillo contacto. Sintió su boca aproximarse a su oído mientras su otra mano bajaba hasta la cinturilla de sus pantalones.

—¿Pediste un bombón?

—Para otro bombón —recalcó ella en un jadeo.

La pantalla emitió un ruido, Lara supo enseguida que era otro mensaje de *spam* loco.

—¿No vas a leerlo?

—Esto es un sueño. —contestó ella y sintió su risa antes de que su boca fuera invadida de nuevo.

Aquél hombre la arrastró hacia el salón, tomándola en brazos, soltándola sobre el sofá sin dejar de besarla; sólo cuando la tuvo en frente de la pantalla, la soltó.

—Lee.

“No es un sueño... Feliz Navidad, bombón, aquí está el otro bombón”

Las luces se encendieron a un clip de un sonido de teclas de teléfono. Lara abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo has...?

Él le guiñó un ojo.

—Soy un hacker pervertido. —dijo riendo.

—Me gustan más los bombones —replicó ella.

Tiró de él, robándole un beso.

—¿Y si apagas las luces con ese truquito de nuevo? —le preguntó.

—Mumm... ¿Ya no es un sueño?

—No siempre Papá Noel me manda lo que quiero para Navidad, y menos por adelantado. —Él volvió a reír dejándose echar sobre ella—. Creo que pediré bombones muchas veces... —dijo

y la luz se apagó.

“Te quiero, bombón”

Exhibía la pantalla.

En la oscuridad.

“Las fantasías en las penumbras no deberían dar miedo... las mejores no necesitan ser vistas, tan solo deben ser sentidas.”

Ana estaba ya hasta el *chichi* de escribir el informe específico, para el cliente específico, del sitio específico que no tenía dirección específica.

Resopló más que enfadada al darse cuenta del último detalle, tanto trabajo para luego no poder enviar el específico correo a tan maldito específico cliente.

—Esto me va sacar ya de mis casillas —bufó en voz alta.

Buscó otro de los papeles a pasar. Jope... y era Nochebuena, ¿cómo podía estar trabajando todavía? Miró el reloj de refilón, estaba encima de la puerta, frente a su mesa de trabajo. Suspiró largamente y se negó en rotundo a contar cuántos papeles le quedaban por escribir.

El nuevo informe a copiar era de un viejo y conocido cliente, menos mal, este ya lo tenía fichado y se sabía todos sus datos de memoria. No tardó mucho, tomó el siguiente, así y otro y otro más... hasta que sin darse cuenta, tan sólo quedó el “específico” sin dirección.

Hacía frío, sabía que en cuanto saliera de la oficina, el pasillo la iba a saludar con un escalofrío, y más aún cuando tocase la calle. No quería ni hacerse la idea, pero era así.

Tomó su abrigo y apagó el brasero, el conserje estaría también bien apretadito con su brasero, viendo en su minitele algún programa de entretenimiento.

Justo cuando iba a salir, las luces se apagaron sin más. Odiaba admitirlo, pero aún le tenía pánico a la oscuridad. Recordó que en su cajón tenía una linterna.

—Tranquila... —se dijo así misma—. La mesa esta cerca, a la derecha, aquí no hay nada que no conozcas...

Andó despacio, tocando a tientas todo lo que pasaba, dibujando en su mente la sala para llegar a su objetivo. Suspiró cuando tocó la tabla y sonó algún lápiz rodando, solo tenía que rodearla... lástima que ya había bajado la persiana y no entraba ni la luz de la farola.

Entonces oyó un ruido, algo que la hizo dar un brinco porque sintió una pequeña corriente de aire a sus espaldas. Dios... juraría que había sido la puerta.

—No recuerdo haber corrientes tan fuertes como para abrirlas —dijo en voz alta, era algo que la ayudaba a mantener la calma.

Siguió escuchando, inquieta, la puerta era difícil de abrir sino cedías con el manillar... y ella no lo había sentido. ¿Un fantasma?

—No, eso sí que no, Ana, deja de fantasear, no existen. —se regañó así misma—. Ahora a por la linterna.

Siguió tanteando la mesa, para darle la vuelta y encontrar su preciado objeto, su salvación en aquellos momentos de tormento.

Pasos, oyó pasos... el vello de la nuca se le erizó, paralizándola en la escucha. Otro paso, otro que se acercaba, otro más... Cielos, debía estar tras ella, era alguien. Calculó movimientos, no sabía nada de defensa personal, pero un rodillazo en las partes bajas debía doler fuese quien fuese.

—Ana...

Aquella voz entró en su mente extraña ante el miedo que empezaba a carcomerla.

—¿Cómo sabes mi nombre...? —logró preguntar.

Una suave risa sonó cerca de su oído, unas manos la atraparon por detrás.

—Sé todo lo que hay que saber de ti, amor... todo... —le dijo, en unos susurros que la envolvieron como un dulce.

Aquellas manos comenzaron a acariciarla lentamente, abriendo su abrigo, una subiendo y otra bajando, hacia su pecho y hacia sus piernas. Una boca besaba su cuello con una delicadeza tal que el miedo se esfumó para sustituirle un raro placer que comenzó a devorarla.

Su mente confusa, comenzaba a aclararse, centrándose en el tacto de aquellas manos que ya empezaban a escurrirse por debajo de su jersey y la cinturilla de su malla.

Fueron sus propias palabras la que la sorprendieron ante los actos que la enardecían.

—¿Qué... estás haciendo?

Aquellas manos la giraron hacia el cuerpo que la había atrapado. La fragancia masculina fue un afrodisíaco, un perfume de hombre que sus fosas nasales conocían.

—Quiero comerte esa boca. —dijo la voz varonil provocándole un estremecimiento.

—Pero... ¿acaso... estás...?

De nuevo esa risa, tan suya y sencilla. ¿Quién era? ¿Todavía lo dudaba?

Apenas le dio tiempo de pensar más, tal como le había dicho el hombre, devoró su boca, a conciencia, saqueándola, apretada en un abrazo que todo le daba vueltas... era su presencia... no... era la colonia... no... ¿qué era que la estaba volviendo loca?

—En la oscuridad absoluta... amor... —susurró contra sus labios, besándola entre medias, quitándole el abrigo con un simple movimiento—. Haré de ti un flan delicioso y apetecible... he echado la llave, nadie nos molestará.

—Oh, Dios... —dijo ella en un jadeo.

Su cuello volvió a ser invadido, las manos varoniles regresaron en busca de su cuerpo. Las caricias se multiplicaron entre pequeños gemidos que soltaba sin querer.

—Espero que hayas introducido todos los papeles porque vamos a tirarlos al suelo. —le habló cerca del oído en voz baja, tomándola en brazos y subiéndola a la mesa.

Efectivamente, los papeles cayeron y con ellos los demás utensilios que decoraban la tabla: Lapicero, almanaque, clips... Madre de Dios, los clips iban a ser una tortura tener que cogerlos uno a uno para meterlos en su caja. ¿Cuándo le había bajado las mallas? La mesa estaba helada.

Iba a protestar cuando su boca fue invadida nuevamente, sumergiéndola en las profundidades hasta perder el concepto de la claridad... o quizás era oscuridad...

—Está... está oscuro... —logró decir.

—Cierra los ojos, amor... —le dijo él—. Estoy dispuesto a quitarte ese miedo a la oscuridad para siempre.

—¿Cari...? —lo llamó.

Él rió.

—¿Esperabas a alguien más en esta oscura habitación? —fue su respuesta divertida—. Espero que no, amor... porque soy monógamo. Feliz Navidad...

Ella rió, a veces la oscuridad podía no dar miedo.

Se abrazó a él.

—Feliz Navidad.

Pide un deseo.

“Si la magia existe, déjame que me envuelva en su manto y cumpla mis sueños”.

Araceli llegó cansada del trabajo, dejando la chaqueta en la percha de la entrada. Sus padres debían haber ido con su hermana al teatro, ya que se los había prometido, una obra que a ellos les gustaba, un musical, lo cierto que no tenía mala pinta y ella misma podía haberse apuntado, pero no, porque tenía que trabajar.

La casa vacía, sin sobrinos, padres, hermanos... ni perro que le ladrara, era todo un manjar de relax en esos momentos. Sonrió, tampoco estaba tan mal.

Puso la tele mientras se hacía con una infusión para entrar en calor. Un programa de corazón salió de improviso:

—... y no olvidéis de pedir vuestro deseo de Navidad, ya sabéis que la esperanza es lo último que se pierde. Feliz Navidad y que tengáis mañana buena cena en familia... nos vemos la semana que viene, no lo olvidéis, sólo podréis pedir vuestro deseo hoy, luna llena, no mañana, Nochebuena... Jajajaja...

—Y bla bla bla... —la siguió Araceli cambiando de canal, topándose con una película de mosqueteros—. Esta no la había visto.

El agua empezó a hervir, giró la manivela del fogón para silenciar el fuego y servirse su ansiado té. Con la taza en sus manos, comenzando a calentarlas, se había olvidado de sus queridos guantes, y el tiempo, amenazaba con nevar.

—Un deseo... ¿eh? Pediría al hijo de Papá Noel, si es que tiene uno, y si lo tiene, que estuviese buenorro, con esa tableta de chocolate, que se presentase por la chimenea... bueno, por el patio, Jajajaja... y me hiciera pasar la mejor noche de mi vida... imagínate, Jajaja... y si luego además se queda y salimos... un novio buenorro. ¡Bah! Ni en sueños...

Se sentó en el sofá, con la taza entre las manos sobre las rodillas.

—Dale, *Dartacan...* o *Dartañan* o como sea que te llames, venga hombre... —bebió su infusión a sorbos, dejando que el calor la recorriera.

Los anuncios se colaron en la parte más imponente de la película, el anuncio de *herbal esences*, no es que tuviera el champú, pero le hacía gracia el mero hecho de que la chica parecía darle un orgasmo descomunal lavarse el cabello, y si lo hiciera un hombre... eso tenía que ser digno de verse. Como fuese, le dieron ganas de darse una ducha.

El baño estaba afuera, su casa era como las antiguas de antaño, en la que atravesabas el patio para llegar a los dormitorios y el baño entre ellos; sólo que habían hecho una pequeña reforma y había cerrado la mitad de aquello para no estar temblando de frío en épocas como aquella.

Otro anuncio cambió a colonias, el cuerpazo de *invictus* la dejó un rato embobada, pero nada más terminar, se incorporó, dejó la taza en el fregadero y se fue a su habitación para coger ropa limpia, su pijama de forro polar era la mejor opción, porque aquella noche rezaba frío de cojones, esperaba que sus padres y hermana hubiese cogido los chaquetones de pelos o plumas.

El calefactor pronto sumergió la sala de aseo en un calor agradable. Lo apagó cerrando bien la puerta para que no se escapase y puso música de la radio que tenía en un estante. La cadena no sonaba con villancicos, menos mal, en su lugar, sonaba una bachata que la hizo moverse a su son mientras se desvestía.

Agua caliente salía ya del chorro de la ducha, se metió disfrutando del relajamiento de sus músculos al contacto de ésta, haciendo que cerrase los ojos en un suspiro. Tomó el champú con desgana para lavarse el pelo.

La musiquilla del anuncio del champú que había visto hacía unos minutos, se coló de alguna manera en su cerebro, moviendo, casi sin darse cuenta, los dedos en su cabello igual que en el comercial, imitando los gemidos incluso. Rio al percatarse de lo ocurrido.

—Esto no funciona sin un buen...

—Permíteme. —la cortina se corrió y alguien se metió tras ella dejándola muda de la sorpresa—. Precioso cabello.

Unas manos grandes, de dedos largos, comenzaron a frotar su cabeza en un masaje delirante. Cerró los ojos ante la delicia, posiblemente el vapor del baño y el calor, que no recordaba si lo había apagado, le estaban jugando esta gran pasada.

—Oh, sí... esto sí que es un placer. —dijo casi gimiendo.

—Permíteme que así lo sea.

Aquellas manos, dejaron de frotarle el cabello y se deslizaron por sus hombros lentamente, se soltaron un instante de ella para coger la esponja y enjabonarla.

—¿Vas a lavarme?

—Por supuesto. —dijo aquella voz masculina que aun teniéndola intrigada por saber quién era, no quería girarse, por si su fantasía se iba.

La esponja se deslizó desde su nuca hacia sus hombros, a sus brazos, volvían y bajaban a su espalda... a su cintura... a su trasero... donde la esponja desapareció para sustituirla por esas manos de nuevo que le dieron un estrujón que le hicieron estremecerse con gozo.

Madre mía, aquella alucinación que le estaba produciendo el cansancio del trabajo, la ducha, el calor, el vapor... o quizás le metió algo de más a su infusión... Que no terminara, no ahí, que llegase a más...

—Mumm... más... —se oyó decir.

—Permíteme —fue lo único que dijo aquella voz varonil antes de apegarse a ella y hacerle sentir una erección en su cintura.

Iba a volverse loca, estaba segura de ello.

—Sigue... —le pidió.

El agua aún caía bajo ellos. Las manos se movían ahora estrujando sus pechos, unos labios le besaban la clavícula, cuello y detrás de la oreja... sin contar con “eso” que la rozaba por abajo que la estaba poniendo a mil.

—Más...

Sin saber cómo, se vio girada ante un hombre totalmente desnudo, rubio de ojos azules, con esa tableta de chocolate que había deseado tan solo hacía unos minutos... y lo más extraño... ¿Llevaba un gorro de papa Noel?

—¿Quieres que siga o hacemos las presentaciones?

—Tengo a un extraño adonis en mi bañera—. habló Araceli totalmente pasmada, bajando la vista sin querer hacia el miembro masculino—. Oh Dios...

Quién fuese, sintió que reía, que la atraía de nuevo hacia él y se apoderaba de su boca.

—Hagamos después las presentaciones —susurró contra sus labios mientras metía su mano entre las piernas de ella y le arrancaba un gemido—. Creo que estás totalmente de acuerdo conmigo.

—Por Dios que lo estoy. No quiero despertar sin terminar mi orgasmo descomunal.

Él volvió a reír.

—Te juro que así será, bonita.

—Uff... hasta me dices bonita... esto es demasiado bueno.

La alzó de la barbilla para que lo mirase.

—Eres preciosa, Araceli... Voy a cumplir cada uno de tus recónditos deseos.

—Suena interesante... —le contestó sin poder acabar sus pensamientos en palabras cuando él la besó.

Aquel beso la hizo olvidar donde estaba, qué hacía y porqué... su cerebro se estaba derritiendo a la velocidad de la luz. El ambiente se había vuelto demasiado caliente, ese hombre la había vuelto realmente de manicomio.

No recordaba ni cuando la tomó y apoyó contra la pared para penetrarla, tan sólo el inmenso placer que estaba sintiendo, tal, que creía que estaba más que muerta y en el cielo.

El orgasmo la recorrió de arriba abajo ensordecedoramente... se dejó caer en el hombro de su inesperada pareja.

—Dios...

—Pienso seguir toda la noche.

—¿En serio?

—Pero será después de que salgamos.

—Llevas razón, vamos a acabar con la bombona y mi madre y hermana me matarán. Vamos a mi cuarto, cerraré con llave...

—Vamos a vestirnos.

Araceli alzó la mirada hacia él, pellizcándose y gruñendo ante el dolor.

—Por Dios... ¡¿Eres de verdad?!

Él la tomó aún en volandas y salieron de la bañera.

—Soy el hijo de papa Noel, tú me llamaste, estoy aquí para cumplir tu deseo.

—¿Qué clase de broma...? —Lo miró con la boca abierta tras comprobar que todo seguía cerrado excepto la ventana—. Estoy alucinando...

—Salgamos a dar un paseo, novia.

Araceli se mordió el labio negando, cerró los ojos aun en sus brazos, suspiró abriéndolos.

—¿Hasta que acabe la navidad?

—Hasta que me digas que me vaya.

Ella lo miró.

—Tendremos que conocernos... un poco más para decidirlo.

—Quiero conocerte. Nicolás Claus.

Araceli rio.

—Araceli Galán.

—Un placer.

—Igualmente.

Si me limpias el coche

“Hasta lo más pulcro dice encontrar un punto de suciedad con tal de deleitarse en el placer de la limpieza”

—Son treinta euros con cuarenta y siete céntimos, gracias —puso su mano para que le entregasen el dinero, sonrió y le devolvió el cambio sin perder la sonrisa—. Que tenga un buen día.

Guardó el dinero en la riñonera, cogió un par de trapos limpios. Aún tenía dos coches y una furgoneta que limpiar. Ese día víspera al de nochebuena iba a acabar con ella.

—Buenos días —lo saludó un nuevo cliente que se acercaba, posiblemente para que le diera cambio para la máquina.

El hombre, un tanto mayor y con barba blanca, ojos azules como el cielo, regordete y con hoyuelos. Le sonrió entregándole diez euros.

—¿Necesita cambio de euro o de menos?

—Lo que me des estará bien, creo que mi coche necesita un buen y gran repaso, así que gastaré lo que necesite.

—¿Puedo ver su vehículo? Si necesita ayuda, sólo tiene que decirlo, señor.

—Loli, eres muy amable.

—Gracias. Es mi trabajo. ¿En qué cabina lo metió?

—Es aquél rojo del final.

Loli se aproximó a verlo. Su coleta rubia bailó al compás de sus andares firmes.

—Madre de Dios... ¿dónde se ha metido para que acabe así?

—Eh...

—Bueno, tranquilo, me pondré con ello enseguida. Tengo dos coches y una furgoneta, pero si tiene prisa...

—Oh, no, haga usted lo que tenga que hacer, iré a desayunar mientras. ¿Le traigo un café? Aquí tiene las llaves, señorita.

Loli las tomó con un pequeño suspiro.

—Desayuné hace un par de horas, muchas gracias, señor. Vaya tranquilo.

El extraño anciano, con cara de bonachón, se alejó del lavadero dejándole allí con aquel estercolero, porque eso era de todo menos un coche: Las ruedas y todo el bajo lleno de barro, hojas pegadas, ramitas que se veían asomar por el filo del capó y en los guardabarros, el techo cubierto de escarcha, los cristales de la parte de atrás manchados con lo que parecían miles y miles de dedos... sin contar con la de mosquitos u otros insectos voladores que se habían estrellado en los frontales del coche, ni que aquel vehículo hubiese pasado por una guerra y velocidad de escándalo, vaya.

Decidió echar agua caliente para que se fuese ablandando la parte de insectos, mientras que el barro, intentaría quitar el que estaba seco antes de mojarlo. Fue a por el aspirador, debería quitar esas ramitas antes de nada.

Cambió la emisora de radio tras acabar con el barro y las ramitas, echó el agua caliente y se

metió en la cabina de al lado a meterle mano a otro de los coches pendientes. Por suerte, solo era por fuera, la furgoneta era la que debía limpiar hasta su cámara frigorífica.

Colocó un auricular en su oreja para poder estar al tanto de todo, la música obligatoria del lavadero acababa machacándole la cabeza.

—... *esta noche es nochebuena y mañana Navidad...*

Sonrió ante el villancico que escuchaba, pronto acabó con el coche y se plantó al siguiente que también terminó. Limpió la furgoneta por fuera y echó desinfectante por dentro de la cámara para que se fuera el olor dejándola abierta. Se dirigió al coche rojo mirando su reloj, había pasado media hora, esperaba que le diese tiempo, no quería hacer esperar al buen anciano.

—...*ya saben que hoy es luna llena, no olviden pedir su deseo en este día de víspera a nochebuena. Los días mágicos como este no suelen ser habituales, aprovéchelos.*

—Una buena cita, con el hombre de mis sueños y que me limpien el coche... ¿valdrá eso como deseo?

—Posiblemente, señorita.

Se giró aturdida al no esperarle.

—Esto... aún me queda un poco y quería limpiarle los cristales por dentro.

—Oh... —sonrió de oreja a oreja—. Tranquila, iré a dar una vuelta. Pero siento curiosidad... ¿qué haría si su deseo se cumpliera?

—Jajaja... —ella negó divertida—. Si se cumpliera, y es mucho pedir, estaría encantada con todo, serían las mejores navidades de mi vida, sin duda. Pero señor, eso es imposible, no existe el hombre perfecto de mis sueños, por algo son sueños.

—Mumm... Iré a dar ese paseo.

—Gracias, deme media hora.

El anciano se marchó. Que conversación tan extraña, y ella le había contestado como si se conociesen, desde luego, aquel día estaba siendo agotador.

Terminó de frotar el capó, el rojo pasión que destilaba aquel auto brillaba tal que no pudo hacer otra cosa que quedarse satisfecha con su tarea. Rodeó el coche para darle el visto bueno, lo malo en ella era que le gustaba que todo estuviera perfecto.

—Señorita, ¿me dice qué le debo del coche gris de al lado?

—Oh, sí, claro. Sólo han sido tres euros.

—Aquí tiene.

Ella lo tomó. Vio cómo el anciano regresaba con un café en la mano.

—Gracias.

—No es nada, a usted, señor. —se despidió del cliente recién cobrado.

—¿Ya terminó?

—Sí, señor, dígame si quedó bien, si hay algo que no le guste, sólo dígamelo.

El hombre se aproximó a su vehículo. Loli le dio sus llaves. La sonrisa del rostro del viejo se ensanchó, se encaminó hacia ella y le dio el café.

—Lo siento, pensé que de verdad le apetecía, hace un poco de frío y usted no ha parado. ¿Qué le debo?

—Son siete euros.

—¿Tan poco? Pero si ha pasado hasta el aspirador.

—Solo gasté eso en las máquinas. —le explicó—. Aquí tiene su cambio.

—Gracias, Loli. —la tuteó y se metió en su coche—. Me esperan unas largas noches de trabajo. No me olvidaré de tu deseo.

Ella rió.

—Lo que usted diga, señor, gracias a usted, que tenga buen día, y cuídese.

—Feliz Navidad, *ohohohoh*.

El coche arrancó y el tubo de escape retumbó con un humo blanco que olía a dulce recién hecho, como unas galletas recién horneadas, y se alejó a gran velocidad.

Loli reaccionó cerrando la boca por la carrera del hombre mayor, que encima conducía bien, pero aquel perfume... quizás era del café y del hambre que tenía.

Y... ¿aquél anciano como sabía su nombre? Sacudió la cabeza una vez más y siguió con su tarea agradeciendo el calor del líquido.

La mañana fue pasando, hoy tenía todo el día. Descansó y comió con su hijo en casa de sus padres, y regresó al trabajo, hasta las ocho y media no acabaría.

Logró cambiar la machacona música del lavadero, eran ya las ocho y cuarto pasada, apenas había coches y aquello estaba algo desierto, hacía frío y se había colocado su anorak y guantes. Por suerte no había tenido que limpiar ningún auto más.

Estaba ya casi a punto de irse cuando un vehículo estacionó en una de las cápsulas.

Salió para verle por si el conductor necesitaba cambio o algo. La puerta del coche se abrió y un hombre de pelo negro, alto, con un trasero al que se le fueron los ojos, se giró ante ella, matándola ya de expectación con esos ojos verdes brillantes.

—Buenas noches, siento llegar tarde, señorita. Acabo de salir del trabajo.

—Oh, tranquilo. ¿Quiere que le limpie el coche?

—No, sólo necesito el cambio.

—Pero... —ella lo miró de arriba abajo, la verdad que aquél hombre era de los que quitaban el aliento, sobre todo trajeado—. Va a ensuciarse el traje.

Él sonrió. Y qué sonrisa tenía, pensó.

—Esto... no importa.

—Claro que sí. Déjeme ayudarlo. ¿Quiere echarle la moneda a la máquina? Yo me encargo del resto.

—De acuerdo... las mujeres son las que mandan.

Echó la moneda y observó cómo Loli lavaba su auto, un alfa romeo 147 de color negro, un coche sencillo y elegante como era él, sin duda.

Ella se había quitado los guantes para que la manguera no se le escurriera. La observó trabajar sin perderla de vista, cuando acabó se le acercó.

—¿Y cuánto vale tu tiempo hecho?

—Oh, no te preocupes, ya pagaste con las monedas —colocó la manguera en su sitio—. Por fin me voy a casa. Buenas noches, señor.

—Soy Aiden. —se presentó tomando su mano.

—Loli. —le dijo ella casi temblando al percibir el calor de aquella mano cogida—. Y... bueno... encantada, pero me esperan en casa para cenar.

—¿Y si la acompaño?

—Tengo coche, tranquilo, muchas gracias.

Ambos miraron el coche de Loli que misteriosamente estaba embarrado y sucio.

—Pues parece que su coche necesita un buen chapuzón.

—Dios... ¿Cómo ha podido ensuciarse así?

Se alejó de él, tomó las llaves de su bolsillo y arrancó para ponerlo en una de las cabinas. Sin embargo, antes de que se bajase, aquel hombre que le quitaba el hipo, había tomado la manguera y comenzaba a lavar su coche.

Loli, asombrada por el suceso, se quedó allí dentro observándolo con la boca abierta. Un

extraño pensamiento se filtró entonces en su cabeza, ¿sería posible que su deseo...? No, sacudió la cabeza, claro que no.

Aiden acabó, ella salió del vehículo.

—¿Cuánto has echado?

—No tiene importancia, no podía dejar que te mojaras más.

—Tu traje... —dijo al ver que se había mojado.

—No importa, es sólo agua.

Se quedaron mirando un buen rato.

—La verdad que no me esperan para cenar. —se vio diciendo con un suspiro—. Alberto se ha ido con su padre.

El hombre sonrió.

—La invito.

—¿Por qué?

—Porque soy el hombre de tus sueños, Loli.

Ella rió.

—Ya.

—¿Y si te enganchas a mi brazo y dejas que lo sea?

Ella rio. Volvió darle el repaso, es que estaba como un tren, no podía negarlo.

—Es una broma estupenda. Gracias por todo, Aiden. Nos veremos otro día.

—¿Broma?

—Un tío buenorro como tú, no creo que esté soltero ni que nadie lo espere.

—¿En serio estoy buenorro?

—Y vistes genial. Así que... gracias, ve con tu chica, seguro que te está esperando.

—Desde luego, si la tuviera. Y resulta que estoy tratando de tener una pero ella me dice que...

Loli lo miró de reojo.

—¿De verdad estás intentando ligar conmigo?

—¿Y por qué no? Eres preciosa, trabajadora... y me encantó como le dejaste el coche a mi padre. Me habló de ti, no dudé en venir para comprobarlo, pero las palabras se quedaron cortas en describirte.

La muchacha lo miró con la boca abierta unos instantes.

—¿Tu padre?

—El anciano de esta mañana con ese coche rojo supersucio. —le afirmó con una sonrisa.

—Ah... pero...

—Y... ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, dijiste que no habías cenado.

Loli reaccionó de la sorpresa.

—Estás mojado, pillarás un catarro... ¡¿Pero qué...?!

La atrajo hacia sí, tomándola de la cintura.

—Me da igual que sea una hamburguesa en tu coche recién limpiado. Déjame conocerte, Loli.

—Dime que el día de trabajo está siendo tan duro conmigo que ya alucino.

—El día de trabajo ha finalizado y vamos a ir a cenar a esa hamburguesa. —Acarició cortamente su rostro al tomar un mechón de su cabello y depositarlo tras su oreja—. ¿Vamos?

—¿Y después de cenar...?

—Mi padre me habló de ciertos deseos...

—Tu padre es un poco cotilla —rechistó ofendida.

Aiden la miró fijamente.

—No me importaría comerte a besos, especialmente si la hamburguesa me deja con hambre.

Ella rió.

—De acuerdo, vayamos a cenar, te lo ganaste por limpiar mi coche.

—Lo ensuciaré de nuevo para lavártelo otra vez. —contestó todo sonriente.

—¿En serio?

Él tomó su mano.

—Merece la pena mojarse por ti.

Ella se soltó cortada.

—¿Cenamos?

Aiden asintió, la tomó de la barbilla.

—Tomaré primero el primer plato. —dijo besándola.

Mi mejor amiga

“Si me miras con esos ojos... no sé si es por amistad o algo más que ello...”

—Cielos, cuanta gente, no puedo ver a Rocio.

—No te preocupes, Dan, déjala ir.

Dan suspiró ante su amigo, Rocio se había perdido sin ningún aviso. Quizás todos tenían razón, quizás debía darse por vencido con esa chica.

—Me voy a casa.

Luis puso una mano en su hombro.

—Anímate, no todas las chicas son iguales, algún día llegará la adecuada.

—Querrás decir la que no me ignore.

Luis le sonrió levemente.

La noche se presentaba triste, acababa de mudarse a un piso, ya era un hombre independiente, de treinta y tantos años de edad, soltero, con trabajo fijo, coche y un perro.

Teo lo saludó con sus gestos de alegría al abrir la puerta, el pastor alemán, de colores blanco y dorado pelaje, se echó sobre él lamiéndole la cara.

—Vamos, vamos... jajajaja... tú sí que eres genial, sobre todo para animar a un amigo.

Dejó la chaqueta sobre el colgador de la entrada, se quitó los zapatos y colocó las zapatillas de casa. Otra noche más, sólo con Teo y el televisor. A veces echaba de menos a sus padres pero por el jaleo de cuando llegaba al silencio que tenía ahora.

El sueño comenzó a hacerle mella con el calor que desprendía el radiador y la manta, el sonido de la tele de fondo y la compañía de su mascota.

Llamaron a la puerta.

Dan se espabiló dispuesto a hacer un esfuerzo en averiguar quién llamaba a esas horas de la noche a su puerta.

Miró por la mirilla, su perro no era de ladrar pero sí de ponerse en alerta y curiosear.

—¿Nica? —se preguntó extrañado y abrió.

—Hola, Dan... —le plantó dos sonoros besos, el pastor alemán, al ver que no sucedía nada interesante, simplemente la olfateó un momento y se marchó hacia su cojín—. Qué perrito tan bueno, caray.

—Nica, ¿qué haces aquí? ¿Sabes la hora que es?

—Eh, acabo de llegar, sé más suave conmigo. Y cuando digo, acabo, es que he estado fuera. Me había pasado por la casa de tus padres, pero me dijeron que te habías mudado. No sabía nada, así que me costó encontrar la calle y el número, estoy muy perdida.

La chica morena, de largo cabello recogido en una alta coleta, pasó por su lado meneando su cintura mientras se quitaba el abrigo que la cubría.

Dan cerró la puerta con un suspiro. Llevaba sin ver a Nica desde que ella comenzó a estudiar. Había sido su primer amor, su mejor amiga. Pero ella nunca pareció interesarse en él, sin embargo, ahí la tenía.

Cuando se giró casi le dio un patatús al ver cómo iba vestida.

—¿Tienes algo de beber? Traje aperitivos, pero no bebida.

—Esto... claro... —le contestó sin saber qué más decir.

Ella sonrió divinamente comenzando a sacar de una bolsa que traía snacks y otras chucherías.

Su blusa escotada y algo transparente, con aquellos pantalones pegados cuya tela imitaban a cuero, con algunos rotos, sus tacones altos...

El corazón le iba a estallar, la fiebre que tenía de ella, de saber cuánto la quería y deseaba, le golpeó en una sacudida. Fue hasta la cocina tratando de disimular su estado, ella seguía siendo tan preciosa, lástima que él no fuera tan valiente como para decirle qué pensaba realmente.

Otro suspiro se le escapó mientras sacaba los vasos.

—¿Coca cola? —le preguntó.

—Lo que quieras, ya sabes que me gusta todo, hasta el agua.

Dan rio internamente, cómo olvidar que no era delicada a nada de comer ni beber. Aun así, que cuerpazo repleto de curvas que tenía, seguramente se debía a su dieta de “me como lo que quiera y punto”.

—Aquí tienes. —le dejó un vaso lleno del refresco—. ¿Qué te trae por aquí?

—Oh, Dan... ¿qué me va a traer si no? Estamos en vacaciones, quiera o no, sigo viviendo aquí. La universidad está genial, pero se echa de menos a los mejores amigos y familia.

—¿Pero... aún tienes eso? —le preguntó divertido sentándose a su lado.

—Oye... —le dio en el hombro riendo su broma—. Claro que sí, o eso creo.

—¿Cenaste?

—No, por eso he traído un par de hamburguesas del *McDonald's*. —dijo sacándolas de la bolsa.

—Así que esto era lo que olía en el ambiente. Muy considerara.

—No podía dejar que cocinaras en mi primera visita.

—Siempre serás bienvenida, Nica. —Tomó la hamburguesa—. Mummm... creo que es mi preferida.

La chica sonrió comiendo. Estuvieron un rato en silencio mientras acababan la cena. Se miraron y rieron, Dan no recordaba cuanto tiempo hacia que no pasaba tan buen rato incluso en silencio.

Ella no había cambiado, sólo su pelo había crecido más, siempre le había gustado su cabello algo ondulado, le daba un toque mágico a ese rostro con forma de corazón que le tenía encandilado desde la primera vez que la vio.

Echó más cola en los vasos. Teo se había quedado en su cojín sin moverse, aperrado con el calor de la calefacción.

—¿Qué tal los estudios?

—A punto de finalizar, estoy haciendo las prácticas. Así que por fin puedo hacer lo que realmente he querido.

—Me alegro por ti, siempre se te ha dado bien ayudar a los demás. Serás una gran enfermera.

Nica sonrió leve. Bebió nerviosa de su vaso.

—Gracias, siempre creíste en mí.

—Por supuesto, ¿por qué no iba a hacerlo?

Ella desvió su vista a la tele.

—¿Y qué tal las novias?

Dan soltó una carcajada.

—¿Qué novias? Soy un hombre felizmente soltero.

—¡Vaya! —se sorprendió mirándole con más atención—. Aunque viendo a tu nuevo compañero de piso, supongo que es cierto que eres soltero y feliz.

—Lo soy... bueno, digamos que no ha habido nadie que me quiera. —Nica hizo un puchero—.

No te apenes por mí, estoy bien.

—Ya veo. —dijo triste—. Creí que alguien me habría quitado ya el puesto.

—¿Qué puesto? Siempre serás mi mejor amiga, no creo que nadie pueda sustituirte.

—Ese es el problema —le miró acercándose a su rostro—. Que siempre me consideraste tu mejor amiga... ¿Por qué no algo más?

Dan la miró aturdido.

—Creo que no he oído bien.

—Oíste perfectamente. He estado esperando muchos años, gracias que tenía que estudiar y así olvidarme de ti. Pero chico, esto se acaba... y nada funciona.

—Estás de broma, ¿y los novios?

—No estoy de broma, nunca he salido con nadie que no sea contigo como tu superamiga. —se acercó más—. De verdad, Dan... necesito saber si puedo ser algo más.

Ella se aproximó más aún, apoyando sus manos sobre las piernas de él que la miraba sin poder reaccionar.

Teo pareció mirarlos un momento, se levantó y se marchó hacia el dormitorio dejándoles solos.

Nica se incorporó sin dejar de apoyarse en él, sus labios prendieron fuego en el cuello y el lóbulo de la oreja de Dan, que respondió atrayéndola y dejándola sobre él sentada a horcajadas de frente.

—Nica... —la llamó—. ¿Y por qué esperaste tanto?

—No hables... quiero hacer esto... lo estoy deseando...

Y no habló más, se dejó llevar por el placer que provocado de esos pequeños besos de Nica, de sus manos abrazándole, de su boca sobre su boca, haciendo que ya tomara las riendas... quería tocar su piel, esa piel perfecta... esos pechos que asomaban por el escote de la camisa transparente que lo tenían enloquecido.

Desabrochó los botones de la camisa, se escapó de la boca de ella recorriéndola desde la barbilla hasta llegar a sus senos. Una de sus manos ya había tomado uno y lo acariciaba haciéndola suspirar, atrapó el otro con su boca aún sobre la tela del sujetador; Nica se removió contra él haciendo que su miembro respondiera y ella notase el bulto.

—Por favor...

—Qué... —respondió entre susurros Dan.

—Tómame entera... sobrepasa ya esa barrera de mejores amigos...

—¿Acaso no estoy haciéndolo? —Besó su boca nuevamente, desabrochó su sujetador y pantalón—. Pienso sobrepasarlo todo, siempre lo he deseado.

—Entonces... ¿por qué nunca dijiste nada?

—Siempre he sido tu mejor amigo... tampoco quería dejar de serlo. —la miró unos instantes a los ojos sonriéndole—. ¿Por qué ahora?

—Yo... nunca pensé que te gustaba como para esto... yo... no tengo un cuerpazo de modelo...

—Tú eres perfecta en todos los sentidos figurados para mí. Siempre lo has sido. —Besó su cuello suave, haciéndola suspirar—. Y ahora voy a hacerte mía... qué mejor regalo de navidad que tú...

—Suerte que vivas solo.

—Suerte que te hayas decidido a venir... porque ya no pienso dejarte ir nunca.

Sus labios volvieron a fusionarse.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. —le dijo tomando su trasero y regresando a su pecho.

Entre personajes anda el juego

“No me fastidies el final de la novela... aunque sé cómo acaba”

(Dedicado a mi amiga y autora de “Saga Mafia”, Bárbara Padrón Santana)

Bárbara terminó la última línea de su libreta, ahora le quedaba otro buen rato para pasar al ordenador. Quizás debería ir acostumbrándose a escribir directamente sobre él y así ahorrarse un poco de trabajo... pero es que no podía evitarlo, era engorroso, ¿llevarte el ordenador a todos lados? Con lo que pesaba y lo ligera que era la libreta y un bolígrafo, no tenía punto de comparación.

—¿Cariño?

—¿Sí, mamá?

—Me voy, tu padre me ha invitado a cenar. ¿Estarás bien? No hagas esfuerzos, tu pie y tu cuello...

—Ya, ya lo sé. Estaré aquí viendo dramas coreanos y comiendo palomitas. En cuanto acabe de pasar todo esto. —le señaló la libreta.

Su madre sonrió.

—Ay, mi niña, está bien, no te acuestes tarde y descansa.

—Sí, tranquila.

Aún no se había independizado, todavía era joven y aún estudiante universitaria. Su pasión de escribir romance y la lectura la tenían completamente perdida entre sueños, ni que hablar del anime y los dramas japoneses y coreanos. Friki, decían que se llamaba eso, ¿y qué más daba? Era un friki rica de cultura y talento, que veía el mundo de mil maneras y era capaz de hacer soñar a sus lectores con sus historias, no tenía nada que envidiar a nadie.

Suspiró, su nuevo protagonista iba a volverla loca, un médico que era todo un bromista pero un encanto como hombre, protector como pocos, de los que hacían que te sintieras como una princesa.

Su teléfono pitó, lo miró, un mensaje del *Facebook* de una amiga.

—“¿Cómo sigues con tu cuello y pie? Espero que mejor. Era para recordarte que como ya sabes... creo en la magia y pensé en ti. Hoy es luna llena y víspera de nochebuena, no olvides pedir un deseo. Yo deseo que te mejores, pero sabes... ¿qué es lo que más me gustaría? Que tus personajes cobrasen vida, ¿te imaginas? Y si cobrasen los míos ya flipo... jajajaja. Te quiero, preciosa, buenas noches.”

Sonrió y contestó:

—“Gracias. Sí, sería fantástico que mi querido médico estuviese cuidándome de mis dolencias y mi jefe mafioso preparase una venganza contra el que me fastidió el cuello... jajajaja. Buenas noches.”

Mandó el mensaje, de verdad que le encantaría ese deseo. Sería increíble.

Dejó el teléfono a un lado y abrió su ordenador dispuesta a hacer la tarea. Tenía de fondo una música romántica suave que la inspiraba pero de alguna forma, esta vez le estaba haciendo que cerrase los ojos.

Se restregó intentando espabilarse. Leyó lo poco que había pasado de la libreta al ordenador.

—Ay, Salvatore... no soy tu Julia, pero me encantaría serlo por esta noche. Y sí, no estaría

mal que Saulo mandase a freír espárragos al del accidente que me provocó la contractura, duele horrores, ¿sabes?

Suspiró, que mala costumbre estaba comenzando a tener de hablarle a sus personajes. Se levantó yendo a la cocina a por algo de beber, en ello estaba, que se sobresaltó al ver pasar una sombra hacia su cuarto.

—Qué extraño, no esperaba que volviesen tan pronto.

Se acercó hasta allí y casi se le cae el vaso que llevaba cuando vio quién era.

—¿Bárbara? —sonrió divinamente—. Ya, ya lo sé... quizás debí llamarte antes, pero es que no me dejas contestarte, siempre eres tú la que hablas. ¿Por qué no ibas a ser mi Julia por una noche? Además, me necesitas, ¿te has visto? Tu cuello y ese pie derecho, estás echa un candil, cariño.

—¿Salva?

El personaje se miró.

—Sí, creo que así me llamo y sí, soy yo. ¿Por dónde iba? Ah, sí... pasa, querida, voy a examinarte, no me fio de ningún médico que no sea yo mismo y mi diagnóstico.

Bárbara miró el vaso de agua unos segundos, ¿se había echado agua u otra cosa que le estaba haciendo alucinar?

—Estoy esperando, amor.

Ella reaccionó, fuese como fuese, ahí lo tenía, ¿por qué no aprovechar la ocasión?

Pasó dejando el vaso en su mesa de estudio, Salva cerró la puerta y la miró pillo.

—En serio, ya sabes que tienes que desnudarte, ¿no? Un chequeo es un chequeo.

—Pero... me duele el cuello y el pie, no el pecho. —se defendió toda colorada.

—Es un chequeo completo y profesional—. explicó todo sonriente—. Así que desnúdate y siéntate en la cama.

Madre mía, menudo mandón.

Se quitó la parte de arriba de su pijama, esa era otra... ella en pijama, y aquel hombre en traje chaqueta. Sus pechos sobresalieron sin malas intenciones, pero su médico no pareció opinar igual cuando le cogió uno de ellos y tosió disimulado.

—Creo que está perfecto... su tacto es exquisito, suave y tamaño más que adecuado y gustoso.

Se sentó tras ella soltándola, examinó su nuca, la hizo moverla hasta que ella gimió dolorida.

—Lo siento. —se disculpó al ver que él se levantaba.

—Desde luego, había que matar al hijo de su madre que te hizo esto, hablaré con Saulo... pero después de terminar de examinarte. Por favor, quítate el pantalón, quiero ver tu pie.

—Pero el pie... solo tengo que quitarme el zapato.

—Es un chequeo completo, Bárbara, completo. —le recordó feliz.

Ella hizo caso y se quitó el resto del pijama, sintiendo como los ojos de su doctor se la comían, ¿o era su imaginación?

—Mummm... —la mano de Salva la recorrió desde sus muslos hasta llegar a su pie dolido en una caricia que la hizo estremecerse—. Parece que está algo mejor de lo que pensaba.

—Es una buena noticia, además, no me duele tanto... creo que no tanto como el cuello, al menos.

Él la miró fijamente.

—Se acabó. —tomó su móvil y marcó—. ¿Saulo? Sí, quiero que me hagas un favorcillo. ¿Sabes quién es Bárbara? ¿Cómo dices? Mira... tú ya tienes a Byanca, te lo recuerdo... Pues haber salido de entre las líneas, valiente, Bárbara está siendo enterita para mí. Pues... ahora no puede ponerse, llamaré más tarde.

Bárbara miró al hombre que tenía delante escudriñando los ojos. Aquello debía ser un sueño, un sueño un tanto extraño.

—Bien, ahora cierra los ojos, te haré la prueba de los sentidos.

—¿Qué clase de prueba es esa?

—Cierra los ojos.

Ella los cerró. Sintió las manos de Salva por sus hombros, un ligero masaje que la estaba relajando y olvidando de cómo se encontraba hasta que cambiaron el ritmo y volvió a tomarle un pecho.

—No abras los ojos... déjate llevar, amor.

Sus caricias se intensificaron, cubriendo su otro pecho haciendo que suspirase con gozo, se mordió sus labios inferiores en un intento de retener ligeros gemidos que se iban escapando de sus labios... pero no pudo, aquellas manos bajaron por sus costados y se fueron metiendo entre sus piernas lentamente comenzando con un masaje demasiado erótico. De alguna forma, aquella estaba siendo una alucinación muy agradable.

—Ahora debo probar el sabor. No abras los ojos.

—¿Probar... el qué? Hum...

No pudo decir más, era su lengua, estaba segura, en su pecho, le había quitado el sujetador y los saboreaba como si fueran helados exquisitos, deleitándose, iba a perder la cabeza si seguía así.

—Dios... Salva...

—Amor... —susurró soplándole con su aliento en los senos—. Eres tan hermosa...

La tumbó sobre la cama, bajando hacia sus muslos nuevamente y entonces... un móvil sonó.

Salvatore la dejó con fastidio, Bárbara abrió los ojos para ver su personaje furioso.

—... está bien, está bien... Dios, un día los ahorcaré a todos y luego haré su autopsia a carcajadas. —se giró hacia Bárbara—. Perdona, amor... no quería dejarte así, el deber me llama. —La besó en los labios gustosamente, Bárbara se sintió estremecer.

Salva se alejó lento y en cuanto le sonrió, desapareció.

Bárbara parpadeó, seguía desnuda, sin sujetador, con los labios hinchados y ni qué decir del calor que tenía en el cuerpo.

Reaccionó colocándose su pijama. Buscó su vaso de agua, incrédula de lo que le acababa de suceder, el cuello hasta le dolía menos.

—Suelta el vaso donde sea, Bárbara, ahora es mi turno.

Ella se giró.

—¿Saulo? ¿Qué haces aquí? ¿Y Byanca?

—Lo entenderá, tú me diste vida, pequeña... —la tomó de la cintura apegándole a él—. Me tienes loco, vas a decirme ahora mismo quién es el hijo de puta que te hizo eso en el cuello. Voy a dejarle una notita.

—Calma, calma... el del seguro ya se ha encargado, fue un accidente.

—Los mejores asesinatos son accidentes. A mí ese no me la da con queso, pequeña... —la besó—. Qué labios tan jugosos... me pregunto si Salva ha llegado a probarlos, espero que esté entretenido.

—¿Qué...?

La tomó en brazos y la llevó a la cama, subió su pijama y sin perder tiempo se dedicó a comérsela.

—Me encanta tus senos... son perfectos... sabrosos y exquisitos... —besó su barriga mientras iba bajándole el pantalón y ella se quedaba demasiado extasiada para hacer algo que no fuera

disfrutar—. Me pregunto si sabes igual aquí... —bajó sus braguitas.

—Oh... Dios...

Él sonrió, uno de sus dedos acarició los pliegues de aquella concha. Bárbara apretó los puños y cerró los ojos, soltó un gritito cuando la lengua de él, caliente, comenzó a saborearla.

—Eres un caramelo, Bárbara... —dijo con la voz enronquecida del deseo—. Pienso hacerte mía...

Paró, solo para desvestirse y por todos los santos que iba a hacerla suya...

—¿Bárbara? ¿Bárbara?

Bárbara abrió soñolienta los ojos, ¿todo había sido un sueño?

—Sí, mamá... estoy acos... ay... —se tapó la boca, estaba desnuda debajo de las sábanas.

Miró la puerta, estaba cerrada y con el pestillo, suspiró aliviada.

—¿Cariño?

—Buenas noches, mamá.

Su madre pareció respetar su intimidad, ni siquiera forzó la puerta para ver si abría.

—Buenas noches, cariño, descansa y ten dulces sueños.

—Oh, ya lo creo. —contestó más para sí que para su madre y sonrió cerrando los ojos.

Te dibujaré hasta besar tus labios

“Sólo debo cerrar los ojos para encontrarte, todo tú estás dibujado en mi alma”

Irse a Corea y ser profesora de inglés, le estaba costando la vida últimamente; no sabía si era por entender demasiado bien el idioma o por ser tan morena que no parecía contrastar con los residentes.

—Increíble. —se dijo a sí misma en voz alta—. Soy joven, pero tengo oídos. —habló en su idioma castellano—. ¿Será posible? Sólo quiero llegar hasta su camarín y que me firmen el disco, para una vez que tengo la oportunidad... Miserables crías fanáticas... —se quejó cuando un nuevo grupito se coló delante de ella.

Estaba ya hasta las narices de estar allí en esa espantosa cola en la que encima la ignoraban. Se dio por vencida y decidió irse a la cafetería.

—Un café sólo, por favor. Diantres... —exclamó cuando alguien la empujó.

—Lo siento—. dijeron en coreano.

Ella se giró, esa voz...

—Ay... ay madre... —habló en su idioma— ¿Yong?

—Habla más bajo, no quiero que me reconozca todo el mundo. Tengo suficiente contigo.

—Ya, claro. —tomó su café pagándole al camarero—. Bueno, un placer. —le dijo y se marchó para seguir quejándose de su mala suerte a solas.

Yong la miró extrañado. Estaba claro que ella no era de allí, su idioma había sonado a español. Eso sí, le había reconocido a pesar de llevar la capucha de la sudadera.

Tomó otro café y se acercó a su mesa.

—¿Puedo sentarme?

Suleima lo miró con sorpresa.

—¿Me hablas a mí?

Él sonrió, fijo que era una fan.

—Sí, a ti.

—Puedes sentarte donde quieras, ¿por qué aquí?

—Porque no me has puesta en evidencia, sólo tengo media hora para un descanso. Debería estar firmando autógrafos del nuevo disco.

—Créeme que lo sé. Estuve en esa espantosa fila donde no paran de colarse o de decirme groserías solo porque tengo mi cabello rizado y piel morena. Adoro el país, pero odio que la gente me trate así, tan rara no soy.

—No eres rara, eres... un ejemplar exótico.

Suleima rió.

—Ejemplar exótico. —repitió, tomó un sorbo de su bebida—. Creo que me conformaré con eso para subir mi autoestima.

Yong se sentó enfrente de ella, dejando su brebaje sobre la mesa.

—Eres interesante. ¿Cómo es que me conoces?

—Eres famoso. —le contestó encogiéndose de hombros—. ¿No lo sabes?

—No hasta qué punto. Me parece increíble que haya llegado hasta el extranjero.

—No quiero subirte el ego, pero sí, has llegado, hay “frikis”, o así nos llaman, que les gusta tu

música. Considérame una.

—¿Y qué haces aquí, vives aquí?

—Soy profesora, y sí, llevo unos meses viviendo aquí. Quería mi disco firmado, pero creo que no va a poder ser, pronto tengo que ir al trabajo.

—¿Tu trabajo está cerca?

—Sí, es la academia de aquí al lado.

—Sé cuál es. Déjame tu disco.

Suleima enarcó una ceja.

—Es mi disco.

—Qué desconfiada.

—Tengo que irme a trabajar.

—Te recogeré. —le dijo al ver que se levantaba.

—Venga ya, ¿en serio?

—Totalmente.

—Saldré dentro de cuatro horas, no creo que tengas tanta paciencia.

—Estaré haciendo también mi trabajo.

—Oh, claro, casi lo olvido que estoy hablando con una superestrella. —Se puso su chaqueta —. Gracias, me conformo con haberte visto. Un placer.

—No me dijiste tu nombre. —la paró antes de que se fuera.

—Ni siquiera podrás pronunciarlo.

—Escribémelo. —le dijo con una sonrisa.

—Olvídalo. Tienes millones de fans. Gracias por el rato.

Ella se fue. Yong la siguió con la vista hasta que desapareció, volvió a su café y se dio cuenta de que se había dejado una carpeta. Sonrió para sí y leyó el nombre, seguro que era el de ella; también ponía la dirección de la academia.

Suleima suspiró largamente, sólo le quedaba recoger e irse a casa; había perdido su oportunidad de que le firmasen el disco, pero al menos había conocido en persona a Yong... sólo esperaba que él no se hubiese dado cuenta de lo mucho que le gustaba, aún no podía creer que se lo hubiera encontrado y se sentara con ella. Quizás debería haber actuado de otra forma, pero... no hubiese podido, además, seguro que el chico estaba harto de que todas se rindiesen a sus pies.

Terminó de repasar un par de exámenes que había hecho y buscó su carpeta en su bolso.

—Mierda... —exclamó, no estaba.

Hizo memoria, no la había necesitado hasta ahora, así que...

—Oh, Dios... ¿me la dejé en la cafetería? Mi disco estaba dentro, por eso la tenía en la mano. —miró la hora—. Y ya estará cerrada. Menudo día.

—Suleima —la llamaron desde la puerta; ella levantó la cabeza en respuesta—. Sal ya y no le hagas esperar más, lleva un buen rato esperándote.

—¿Esperándome? Dile que pase, será el camarero, me dejó la carpeta.

Su compañero la miró de reojo, sonrió pillo.

—Oh, sí, es el camarero. Le diré que estás aquí y que ya acabaste.

—Gracias.

Volvió a sumirse en el examen a corregir.

—Oye, Suleima.

—¿Mumm? —contestó sin levantar la vista.

—Te dejo las llaves en la mesa de secretaría, eres la última en irte.

—De acuerdo, no te preocupes.

—Bien, hasta mañana.

—Hasta mañana —volvió a su tarea—. Diantres... este chico siempre comete el mismo error... creo que le haré copiar esta frase quinientas veces. —dijo en voz alta rodeando lo corregido.

—Uff... menos mal que no soy alumno tuyo, si no...

—Gracias por traerme la carpeta desde el café, no recuerdo su nombre de camarero. —le habló sin mirarle.

—Eh... soy Yong, te dejaste la carpeta.

—Ah, te llamas igual que mi idol de k-pop. —dijo sonriendo, levantó la cabeza para verle—. Y... ¡¿Yong?! ¡¿Pero qué haces tú aquí?!

—Te dejaste la carpeta y el disco, te dije que vendría a recogerte.

—Gracias por traerme mis cosas. Supongo que sabes dónde está la puerta.

—¿Me estás rechazando? —preguntó alucinado.

—Claro, ¿qué puedo hacer si no con un rompecorazones como tú?

Él sonrió.

—Aún no he tenido ni la oportunidad de intentar rompértelo.

—Ni la tendrás.

—Me tomé la libertad de firmarte el disco.

—Gracias. —Marchó hacia la puerta haciéndole con un gesto que estaba ahí la salida.

—No tengo intención de irme así de fácil.

—¿Ah, no? ¿Y qué esperas hacer?

Se acercó a ella, tomó su mano tirando hacia él y la rodeó con su brazo besándola.

Suleima se quedó tan sorprendida que no pudo reaccionar hasta que su cabecita sonó con una campana.

Se retiró de sus labios, pero no pudo hacerlo de sus brazos.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Nada, sólo es que tenía ganas de besarte, desde que te vi... esos labios... son tan tentadores.

—¿Sólo por mis labios?

Él sonrió.

—Por tu cabello rizado, por tus bonitos ojos marrones, por tu forma de mirarme y hablarme... porque eres intensa desde el primer momento. Dame una oportunidad, sé quién soy, pero también me merezco esa clase de cosas.

—Sólo te has encaprichado conmigo. —lo desafió.

—Pues bendito sea el capricho de tenerte ahora mismo entre mis brazos.

—Estás loco.

—Si es así como me vas a decir que sí, estaré tan loco como quieras.

Ella rió.

—Muy loco.

—No te romperé el corazón.

—¿Te ha dado fuerte?

—No sabes cuánto.

Volvió a besarla.

Suleima se dejó unos momentos, para volver a retirarse y zafarse de sus brazos.

—Muy señor popular, yo aún tengo trabajo que hacer.

—Esperaré.

Ella lo miró divertida.

—Eres un sueño.

—Deja que se haga realidad.

—Muy gracioso. —le dijo regresando a su mesa.

—Señora profesora, ¿no será que aún necesita pellizcarse para creer que estoy aquí?

—Sé que estás ahí. —le habló cansina.

Yong sonrió aproximándose a la mesa donde estaba.

—¿Cuántas veces debo repetirlo? ¿Quinientas?

Suleima levantó la mirada hacia él.

—Tengo que trabajar, te cansarás de mí y te irás.

—Te esperaré.

—Ya.

—No suelo besar a las chicas, ¿de verdad me conoces como idol? Hablan de esas cosas sobre mí.

—No he leído ni una sola revista. Déjame acabar.

—De acuerdo.

Pasaron un par de horas. Suleima había olvidado su presencia ya que todo estaba en silencio.

Se estiró al acabar con el último examen y comenzó a recoger.

—Bien, ahora vayamos a casa.

Lo buscó asustada, ¿de verdad la había esperado? Sí que había leído revistas, nunca besaba ni esperaba a nadie, era el antipático del grupo, ni una sola novia, ni una sola cita.

—En serio, ¿de verdad eres Yong?

Éste rió.

—Lo soy.

—¿Y por qué yo?

—Ya te lo dije, no suelo mentir. ¿Quieres otra demostración?

—¿Vas a besarme de nuevo?

—¿No te gustó?

—Claro que no, fue muy de improvisado.

—Esta vez voy con aviso.

—Eh...

No pudo decir más. Sus labios volvieron a unirse, sin embargo, no se resistió, se dejó llevar. Lo abrazó exigiendo más, él respondió apretándola contra sí.

Susurró a su oído.

—Sí que he leído esas revistas.

Él rio, la tomó de la barbilla.

—Voy a volver a besarte. —le dijo—. Espero que muchas veces.

—Mummm... ¿Cambiarán las revistas?

Le guiñó un ojo.

—Sólo dirán que me he enamorado.

Quiero ser tu modelo

“— Aunque la mona se vista de seda... mona se queda...
— Desde luego, tan mona como yo misma soy—. sonrió contestándole.
La miró embelesado.
— Eres preciosa.”

Sara terminó de colocar las nuevas prendas en los estantes. Se giró dándose una vuelta completa y sonrió dándole el visto bueno, había quedado perfecto para la época navideña. El muérdago que había colocado en el techo, estaba justamente sobre ella. Lo miró satisfecha, era la excusa perfecta para besar a un chico, sólo le faltaba un papá Noel o... lo que sería lo mismo, un príncipe de rojo. Cerró los ojos un momento soñando con ese deseo unos segundos para regresar a la realidad y sacudir la cabeza cuando uno de los frutos rojos de la planta cayó en ella.

Rio ante su pensamiento, ¿quién iba a quererla? Mejor dejar los deseos para las películas y sueños.

Se agachó para recoger el fruto caído y no pudo evitar ver su reflejo en el espejo de la columna de la tienda, sus ojos le revelaron lo que ya sabía: azul mirada pálida, cabello rubio liso y manos cuidadas... pero un cuerpo nada esculpido de modelo como a ella le gustaría, simplemente, no se gustaba.

Suspiró fuertemente. No es que tuviera suerte con los hombres; su último novio fue todo un encanto con mayúscula, hasta que lo pilló con su propia vecina y no pudo otra cosa que decirle cosas horribles como que su cuerpo era abominable y no iba a encontrar a nadie que la quisiera.

Y quizás tuviese razón, porque nadie se había vuelto a fijar en ella, y de eso, habían pasado tres años.

Había seguido adelante, eso sí, se había convertido en autónoma de uno de sus sueños: una boutique de ropa de mujer. El negocio le iba bien para ser su primer año, pero había perdido ya toda esperanza en conocer a alguien.

El timbre de la puerta sonó, asomó su vista para ver quién entraba y se quedó toda patidifusa al ver tan singular personaje vestido todo de rojo, en un traje chaqueta rojo, con corbata incluida... alto, rubio y posiblemente, visitante de gimnasio diario.

La buscó y sonrió al toparse con ella acercándose.

—Buenas tardes. —la saludó vivaz con una sonrisa tan encantadora que Sara creyó que relucían como perlas esos dientes que mostraba—. ¿La dueña del local?

—Esto... sí. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo reaccionando.

La puerta se cerró tras él, el lugar pareció iluminarse bajo su sombra y persona. Sara no le perdió ni un solo instante de vista mientras él revisaba todo.

—La decoración es preciosa, no había visto una tienda tan bien puesta de adorno navideño. — volvió a mirarla, sus ojos azules cielo la penetraron completamente—. Veo que compartimos el mismo tono de ojos—. sonrió de nuevo y tomó su mano—. Siento ser tan maleducado, soy Tobías, su príncipe de rojo.

Sara parpadeó, ¿había oído bien?

—¿Perdona? ¿Dónde está la cámara oculta?

—¿Qué cámara oculta? ¿Acaso no formulaste tu deseo hará... —miró su reloj dorado posado

en su mano izquierda—. quince minutos exactos?

La boca de la chica se abrió alucinada.

—Eh...

—Me encanta el muérdago —oyó decirle—. ¿Sabes que es una de las plantas navideñas más mágicas de la historia? No solo sirve para darse un beso bajo él.

—¿También cumple deseos? —se atrevió a preguntar.

Tobías ensanchó su boca en curva.

—Adivinaste, querida. Así que... aquí estoy.

Sara se quedó mirándolo fijamente un buen rato, todo estaba en sepulcral silencio, tan así que cuando logró reaccionar fue a carcajada limpia negando.

Tobías la miraba extrañado sin saber qué hacer.

La muchacha se alejó de él, ando hacia la mesa de caja y comenzó a revisar en su ordenador ignorándole.

El hombre se aproximó sorprendido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Todo lo bien que puedo estar en mi propio sueño.

—No estás soñando.

—Ya. —lo miró—. Y me lo dice un príncipe vestido de rojo.

—Soy tu príncipe —aseguró.

—Claro, y yo soy Sara.

—Nombre de princesa guerrera de la paz y la justicia... eres bellísima.

Ella volvió a reír.

—Gracias. Es el sueño más bonito que estoy teniendo en mi vida. Me pregunto qué irá después cuando despierte... ah, si... —dijo con fastidio—, mi puta realidad. Compuesta y sin novio, una tienda qué llevar y esas cosas. —se encogió de hombros.

—No me iré si quieres que me quede a tu lado.

—Lo dicho, eres el mejor sueño de mi vida. Es más, si es solo un deseo, no puede ser ni amor.

—¿Acaso está prohibido quererte o enamorarme de ti?

—Eres un deseo, ¿no? Eres producto de él, por lo tanto, no me quieres, crees que me quieres.

Tobías la miró muy serio.

—Te equivocas, soy un espíritu, llevo tanto tiempo observándote que no tienes ni idea. El hecho de pedir el deseo solamente me dio forma. —la tomó de la barbilla—. No sabes cuan poderoso puede ser un deseo bajo el muérdago.

Sara se quedó embelesada mirándole durante unos segundos.

El sonido del timbre los hizo alejarse un poco. Ella miró quién era y su cara fue todo un sumidero de emociones. Tobías frunció el ceño.

—Hola, buenas, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Sara! —exclamó su vecina—. Me habían comentado que tu tienda tenía cosas preciosas... —la chica miró a su alrededor—. Pero no sabía cuántas—. terminó viendo a Tobías asombrada. Se aproximó—. ¿Un amigo?

—Su novio —se presentó él mismo, Sara lo observó de reojo sin contrariarle—. Tobías.

—OH... —fue a darle dos rápidos besos pero él, la paró dándole la mano a forma de saludo—. Desideria —se presentó cortada tomando la mano—. Encantada.

Tobías simplemente sonrió mientras que Sara no pudo evitar tampoco el mismo gesto.

La puerta volvió a abrirse.

—Desi, ¿qué te queda?

—Cariiii... —lo llamó ella—. ¿sabías que Sara ya tiene un nuevo amigo?

Sara lo miró temerosa, Tobías se metió con ella tras el mostrador y sujetó su mano. Sus ojos se encontraron unos segundos, de alguna manera, ella se calmó.

—Hola, Sara. —la saludó con esa falsa sonrisa tan característica que recordaba—. Dale a Desireria lo que sea que quiera comprar, no tengo mucho tiempo.

—Que vuestra novia escoja lo que quiera. —contestó Tobías—. Un poco más de respeto. —le exigió.

Los dos chicos se miraron fieros a los ojos.

—Desi, date prisa.

—Sí. —contestó—. ¿Me ayudas Sara?

Sara asintió soltándose.

—Soy el ex de tu chica. —le dijo directamente—. De verdad, ¿acaso no ves lo fea que es?

—Y yo soy su novio actual, ¿acaso no ves lo feo que TÚ eres? —le contestó angelical.

—Bah... —observó a ambas mujeres entre las telas—. No deja de ser una de entre tantas.

—Sara es una diosa.

El chico lo miró levantando una ceja.

—Es sosa. —le dijo con asco—. Y tiene el cuerpo de una morsa.

—Tiene el cuerpo perfecto para mí, el carácter perfecto para mí y el corazón más que perfecto para mí. —Lo miró fiero—. Es una pena que no supieras valorar lo que tuviste.

—¿Acaso tú sí?

—Yo la tengo en un altar, capullo. —Observó a las chicas que volvían—. Por si no lo sabes, tu novia no ha tardado en echarme ojitos.

—Mientes.

—¿Probamos?

Lo miró retándole. Ellas ya estaban allí.

—Este vestido es precioso, tiene un escote...

—¿Por qué no te lo pruebas? Seguro que te quedará genial. —la cortó Tobías.

Ella lo miró encantada por su atención.

—¿Verdad? Puedo hacerlo ahora mismo.

Tobías se aproximó un poco más.

—Mummm... sí, debe quedarte como un guante... me imagino como sería bailar contigo con esa prenda...

Desideria lo miró con la boca abierta.

Sara escuchaba pasmada.

—Ya está bien. Desi, compra eso y vámonos.

—Quítate —le dijo con asco volviendo a mirar a Tobías—. Este chico es un estúpido, ¿sabes? Dejó a Sara sólo porque yo quería follar con él. Tú también estás invitado a saborearme si quieres... —le habló pícaro.

—Gracias por ser tan directa, querida. Pero tengo novia, —miró a Sara—. Y es preciosa.

Desideria no supo qué decir. Miró a su vecina celosa, luego a Tobías y dejó la prenda enfadada sobre el mostrador.

—Perdón por mis malas bromas. —dijo.

El ex de Sara se puso rojo de furia. Tomó a su novia del brazo y tiró de ella saliendo ambos de allí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sara todavía perturbada.

—Nada, amor... Y ahora, qué tal si me crees y me dejas besarte.

La rodeó con sus brazos por la cintura atrayéndola hacia él.

—¿Y será un para siempre?

—Te conozco tan bien que no puedo esperar a intentarlo. —se aproximó a su rostro—. Mi diosa...

—Mi príncipe rojo. —le contestó divertida dejándose llevar.

Hazme un café

*“Sólo porque eres tú, tú y tus besos
Tú y tus miradas...
Tú y tus manos...
Tú y tu corazón... mis tesoros preciados”*

—... Ahora arriba... abajo... arriba... abajo... —la instructora seguía con la orden repetitiva del día sin dar tregua.

Le gustaba la clase, le encantaba. Hacía que se olvidase de todo aunque fuese por una hora al día.

—... Muy bien —se giró frente a ella y toda la clase—. Os espero el próximo día. No faltéis.

El ruido de sus compañeras hablando adonde fuesen a ir después, llenó el aula con alegres cotilleos mientras recogían cada una sus cosas.

—Vero, ¿adónde vas ahora?

—Pues quiero ir a la cafetería, me apetece una tacita de café.

Alba la miró de reojo.

—¿Sólo te apetece el café?

Vero sonrió inocente.

—¿Qué otra cosa podía ser después de la pedazo clase que te deja con hambre?

—Claro, el café resulta ser saciante.

—Pues sí. —dijo riendo—¿Quieres venir?

Salieron del pabellón. El ayuntamiento había patrocinado unas clases de zumba, bailes de salón y demás en los pabellones deportivos. Se había apuntado por hacer un poco de ejercicio y descubrió que le gustaba más de lo que esperaba. Pero uno de los días que salió de allí, descubrió un nuevo sitio que estaba empezando a convertirse en una fanática de él.

Alba y Vero caminaron hacia la codiciada cafetería. Entraron y buscaron una mesa.

—Hoy no he sudado tanto —habló Alba—. Menos mal.

—La clase ha sido más de estiramientos que de baile, pero me ha dejado nueva —admitió.

Pronto se acercó un camarero.

Vero le sonrió mirándole fijamente, como siempre hacía.

—¿Qué van a tomar?

—Pues... —Alba miró a su amiga— ¿Café con leche?

—Sí... —contestó sin dejar de mirarle con su sonrisa en los labios.

—Y un cortado —le siguió Alba divertida.

—¿Algo para tomar? —preguntó educado el chico.

—Pues...

—Azúcar —dijo Vero.

El muchacho la miró esta vez riendo. Le guiñó un ojo.

—Tendré en cuenta que te gusta el café dulce, no salado —Vero se sonrojó—. Bueno, os lo traeré enseguida.

—Gracias.

Alba miró a Vero seria.

—¿Qué? —contestó ella con retintín.

—Joder... se te nota demasiado, no eres una colegiala.

—Es que es guapísimo.

—¿Y por qué no le dices que te gusta y ya?

—No, aún no. Me muero de vergüenza —admitió.

—Pues parece que también le gustas.

—Ya.

—Queda poquito para Navidad— se apoyó en la mesa dejándose caer sobre su brazo— ¿Por qué no pides un deseo?

—No soy tan crédula.

—¿Qué pasa? Eres una colegiala pero... ¿no crees en santa Claus? Los niños creen en todo.

—No soy una niña.

—Te acabas de comportar como tal— la señaló.

—Si pido un deseo, ¿me dejarás el temita?

—Vale.

Vero suspiró, cerró los ojos y pidió un deseo. Cuando los abrió, el camarero estaba frente a ella con una ramita de muérdago sobre su cabeza.

—Espero que tu deseo se cumpla —le dijo sonriéndole.

Ella lo miró embelesada, estaba tan cerca que podía reflejarse en sus hermosos ojos, incluso acariciar esa mata de pelo que parecía fino y suave.

—Gra... gracias.

El muchacho se incorporó.

—Sé que te llamas Verónica —le dijo volviéndose hacia ella—. Me llamo Alex.

—Encantada...

Él tomó su mano estrechándosela con la suya.

—Espero que te guste el café.

Dicho aquello, se giró buscando un nuevo cliente que había entrado.

Vero miró a Alba interrogativa aun sorprendida.

—¿Por qué me ha puesto un muérdago encima de la cabeza?

—Estabas pidiendo un deseo— le contestó su amiga.

—Pero esa planta no cumple deseos, es para besar...

Se levantó de la silla de repente.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo buscándole con la vista, ¿en serio se había cumplido su deseo o estaba a punto de ello? —Tomemos el café y vayámonos. Tengo que hacer unos recados.

Alba la miró curiosa.

—¿Estas bien?

—Sí, sí... claro.

Se tomaron el café. Dejaron la cuenta sobre la mesa con el cambio justo.

—¿No vas a despedirte?

—No, está ocupado.

Su amiga se encogió de hombros.

—De acuerdo, vámonos.

Salieron de allí sorprendiéndolas una bocanada de aire que las hicieron encogerse.

—Bueno... me voy por aquí.

—Y yo por allí —señaló el lado contrario—. Nos vemos en clases.

—Sí, claro— contestó Vero distraída.

Tenía que hacerlo, en su cabeza le daba vueltas. Aquello era una señal, estaba segura, sólo tenía que acertar... ¿Y si no acertaba?

—Me moriría de vergüenza —respondió a sus pensamientos en voz alta.

—¿De qué te morirías de vergüenza? —la sorprendió una voz un tanto preocupada, ella se giró reconociéndola sorprendida—. Te dejaste tu chaqueta.

Se la dio, Vero la tomó aún cortada sin saber cómo reaccionar. Sus pensamientos confusos al verlo de repente allí.

—Esto... ¿gracias? —logró decir.

Alex sonrió, una sonrisa que le hizo dar un palpito de lo hermosa que le parecía.

Él sacó entonces el muérdago de nuevo.

—¿Sabes el significado de esta planta?

—¿No es para pedir deseos? —contestó sin pestañear.

El chico la colocó sobre su cabeza acercándose a su rostro.

—¿Cuánto más me vas a dejar que siga intrigado?

—¿Intrigado? —preguntó extrañada sintiéndose nerviosa por su proximidad.

—Sí —se acercó más, sus labios tan cerca de los de ella—. Será un beso.

—Eh...

Vero cerró los ojos. Un beso suave, dulce como un caramelo aterciopelado.

—Este es el verdadero significado del muérdago.

Ella sonrió. No tenía nada que perder.

—¿Y mi deseo?

—¿Quieres salir conmigo? —dijo.

Ella rió.

—Sí...

—¿Otro café?

—Hazme un café.

Alas de terciopelo

*“Alas... alas que brillan, aun en la más absoluta oscuridad.
Brazos que atrapan y reconfortan hasta lo más hondo de mis pesares.
Besos, besos que arropan y reavivan mi alma como tocada por el cielo...
El cielo... ese cielo de tus ojos en los que me perdería por siempre.”*

Ani no sabía ya si reír, llorar o patear allí mismo mientras su hija pequeña no paraba de comentarle el panorama del día que había tenido, como si fuese una persona mayor, con su *colacao*, al lado de ella que sostenía su taza de café. Mientras la mayor leía un libro en su habitación sin darle importancia.

—... Y entonces mamá, Lucas cogió los colores de Elena, lo sé porque lo vi, y se los quitó. Es que como le gusta Elena, se lleva cosas suyas a su casa, mira que es tonto, mamá, le podía decir que le gusta y *yastá*. Qué complicados son los chicos —bebió de su brebaje.

—Sí es verdad, con lo fácil que es hablar.

—Ya mismo llega Navidad, mami. Mañana nos vamos con papá —su madre la miró un poco en shock por el cambio de tema—. No quiero que te quedes aquí.

—¿Y dónde sino?

—Quiero que venga ese chico que vi anoche pasar por la puerta de tu cuarto cuando estabas durmiendo.

Aquella frase la dejó totalmente pillada.

—¿Entró alguien mientras yo dormía?

—Mamá, por favor, lleva haciéndolo casi cada noche.

—Sí, hasta en el súper ha estado detrás de ti— oyó que decía su hija mayor apareciendo en la sala— Pienso que deberías conocerle a la de ya.

—Oh— logró decir mirando a una y a otra— Me estáis gastando una de las bromas más malas de vuestras vidas.

—No es ninguna broma, es solo que se deja ver a ratos —se quejó la pequeña—. Con lo guapo que es, no lo entiendo.

—Guapo, ¿eh?

—Sí, unos ojazos azules como el cielo despejado— siguió su niña.

Ani negó con una sonrisa.

—Bueno, pues el día que se presente en condiciones y no se esconda de mí...

—Saldrás con él, así no estarás más sola cuando nos vayamos con papá.

Ani miró a Naira, su hija mayor era la que más sufría en su ausencia aunque no lo demostrase en gestos.

Nita se levantó de repente y fue al mueble del salón buscando una vela. Cogió una magdalena y la colocó encima.

—Sopla, mami. Pide un deseo, pide que él venga mañana y ya todos los días.

—Nita... —la avisó— seguramente las dos lo habéis soñado— suspiró mirando sus caritas que se habían puesto muy serias—. Está bien, si eso os hace callaros y olvidaros del tema.

—Tienes que decirlo en voz alta —la siguió Naira— para que sepamos que no nos engañaste.

—Entonces no será un deseo que se cumpla.

—Se cumplirá, sabemos que él está esperando este momento— la cortó Nita.

Miró a las niñas de reojo, volvió a suspirar. Era extraño, pero recordaba ver a alguien en su casa con esa descripción, no podría olvidar esos ojos, pero era imposible... y aun así, si lo fuera... era su amor secreto. Naira le dio las cerillas para que encendiese la vela, una vela que tenía guardada de color rojo especialmente para adorno en la Navidad.

—Es perfecta —señaló Naira cuando la encendió.

Hicieron un corro y se cogieron las tres de las manos alrededor de la vela.

—Cierra los ojos y pide el deseo —la apremió Nita—, luego sopla.

Ani, cerró los ojos, cogió aire profundamente y habló.

—Deseo... conocer al chico que me ronda de ojos azules. ¿Vale así? —preguntó a sus niñas.

—Vale —aprobó Nita—. Aunque te aviso que te va a gustar mucho y te vas a enamorar.

Ani rio.

—Vale, mami. Sopla.

Sopló tras la aprobación de Naira. Al tener los ojos cerrados, no pudo ver la pequeña brisa que movió las cortinas cercanas a la ventana cerrada que había tras ella.

—Bien, ahora a la cama, es tarde. Vuestro padre vendrá temprano.

—¿Podemos dormir juntas esta noche? Ya no te veremos hasta después de Navidad.

—Sí —contestó abrazándolas.

Se fueron a la cama. Ani observó a sus pequeñas dormidas cada una a un lado de ella, rodeándola. Lo único que tenía sentido en su vida en aquellos momentos, era ese amor hacia sus hijas, un amor que no podía ocultar.

—Dulces sueños.

Una sombra sumergió desde la puerta observando con una sonrisa aquella estampa y desapareció.

Ani sonrió entre sueños mientras veía esos bonitos ojos azules mirándola con cariño.

A la mañana siguiente, Ani ya tenía preparada las mochilas de viaje de las niñas. Se había levantado temprano para hacerles *pancakes* de desayunar. Ya no volvería a verlas hasta nochevieja.

Nita fue la primera en ir hacia ella con su cara de recién levantada. Sonrió en cuanto vio lo que su madre preparaba y fue corriendo a avisar a su hermana.

La mañana pasó volando. A las doce venía su padre a por ellas.

Naira dio un fuerte abrazo a su madre en cuanto recibió un toque en el móvil.

—Es papá —la informó—. Te echaré de menos, mamá. Cuídate mientras. Te llamaremos mañana para felicitarte la Navidad. Y si viene Blue, déjale que se quede, ¿vale?

Se alejó de su madre.

—¿Blue? —preguntó a su hija asombrada.

—Sí, Blue, se llama así —le respondió Nita abrazándola también—. Te quiero mucho, mamá.

Ani sonrió.

—Y yo, tesoro —cogió a su mayor—. Os quiero con locura.

Las niñas se dejaron abrazar. El móvil sonó nuevamente y las dejó ir.

—Te llamaremos.

—No os olvidéis.

—Y tú, no te olvides de Blue.

Su madre puso cara de incrédula pero asintió. Se despidieron y Ani cerró la puerta mirando el salón despampanado de ropa que planchar y recoger, algunos juguetes por medio,

Suspiró, puso música en su móvil y se puso los cascos para no molestar a ningún vecino.

En eso estaba, cuando sintió un escalofrío por la espalda. Se giró asustada al no esperarlo

pero no había nada.

—Dios... mi imaginación empieza muy temprano.

—Deja a Dios en su trono —le dijo una voz delante de ella, se giró dando un brinco, quedándose boquiabierta—. Sí, soy yo. Ojos azules como el cielo despejado, según tu hija.

—No... no mencionó nada de alas...

—Ah... estas... —dijo moviéndolas a lo ancho del salón, haciendo que volasen algunos papeles que había sobre la mesa.

—Espera... estoy soñando... anoche no dormí lo suficiente. Si, debe ser eso —se dijo a si misma dándole la espalda—. Tengo muchas cosas que hacer, así que a despertar.

Blue sonrió a su espalda, rodeándola con sus alas, acariciándola con ellas y reteniéndola.

—No soy un sueño.

Ani apreció la suavidad de aquellas plumas como de terciopelo, blancas nacaradas, como siempre las había imaginado que las tendría su ángel.

—Cielos... —se giró mirándolo— ¿eres un ángel?

—Soy Blue, pediste tu deseo. Estaba esperando que lo hicieras. Quería hablar contigo, conocerte... no me basta con cuidarte a escondidas y hacerme invisible. Me cansé. Eres una mujer demasiado testaruda.

—Siento ser así —le dijo aún asombrada.

—No, no lo sientas. Es por eso que deseaba estar aquí, así, en físico, delante de ti... —sus alas desaparecieron, su forma era como más humana—. ¿Sobraron pancakes?

Ella rió.

—Puedo volver a hacer.

—No... al menos espero un poco —la tomó de las manos acercándola a él, dejándola que lo mirase sin poder dar crédito—. Qué hermosa eres, Ani —le dijo hechizándola con esa azulada mirada—. Que labios tan apetitosos.

Dicho y hecho. Aquél ángel se inclinó sobre ella besándola sin darle tiempo a reaccionar.

Ani cerró los ojos, era embriagador, dulce, sabía a chocolate.

Se retiraron y miraron, ella sorprendida y él entusiasmado.

—Te ayudo con la ropa.

Ani no dijo nada, sólo se quedó observando como Blue buscaba y sacaba la tabla de planchar y su accesorio de utilidad, tomaba una camisa del montón de ropa y se disponía a la tarea.

De alguna manera, reaccionó y se fue a la cocina a recoger lo que quedaba. No estaba segura de cómo iba a terminar aquello, pero por el momento, si era un sueño, le estaba encantando.

Blue era un ángel, con un cuerpo de infarto, ojos azules y pelo castaño claro, con una barba fina de unos días que le daba un toque de atractivo inaguantable. Parecía sacado de una película, de su película, porque ella había soñado con él en más de una ocasión, estaba segura.

—He terminado con la ropa. Vóy a recoger las habitaciones.

Madre mía, debía estar en el paraíso de los sueños. Lo vio ir hacia el dormitorio de las niñas, salir e ir al suyo. Ella había acabado con la cocina.

Se dirigió al cuarto para ver como él acaba de terminar de hacer la cama. Al agacharse un poco, aquellos vaqueros le marcaron un trasero que bien merecía un silbido.

—Nos queda la compra —le dijo levantando la vista hacia ella con esa sonrisa angelical.

—¿Compra? No... ya la hice, además...no puedo. Tengo que sobrevivir lo que me queda de mes.

Blue hizo un “Tris” con sus dedos corazón y pulgar. Un pequeño ruido se oyó tras ella. Ani fue a la cocina rápidamente donde había una pila de bolsas con comida, fruta, bolsas de patatas,

leche, dulces, latas... una botella de sidra.

—Madre mía... ¿cómo no he soñado yo con un ángel como tú antes?

Blue rió.

La tarde fue pasando. Comieron y charlaron. Se sentaron en el sofá e hicieron una maratón de la serie a la que se había enganchado. A la noche, pensando que ya se despertaría, Ani fue a darse una ducha. Blue se quedó fuera, sin decir nada.

El agua caía cálida, haciendo que se relajase más de lo que ya estaba. Era una sensación maravillosa aquel ángel, Reconocía que la atraía como un imán y, pensándolo cuidadosamente, estaba más que segura, era él, su ángel de los sueños, con él que hablaba y compartía todo, el que amaba en secreto... aquel beso había sido increíble, ojalá ese sueño acabara en algo más que aquel beso, ojalá fuera real.

Tomó aire, posiblemente iba a despertar y todo se desvanecería, volvería a su realidad solitaria de nochebuena en cuanto cruzara la puerta con su pijama.

Salió triste. No le apetecía ni preparar cena, sentía que había comido de verdad aunque todo marcara a ensoñación.

—¿De verdad crees aún que soy un sueño? —ella se volvió para ver como la mesa se había convertido en un buffet con un apuesto hombre vestido de gala—. Permíteme que te vista, Ani— al instante, su pijama desapareció y en su lugar llevaba un vestido de terciopelo marino hasta las rodillas, su pelo arreglado y tacones—. Que linda... y mía para esta noche, y si tú quieres, puedo estar en todas.

Ella se acercó, necesitaba tocarlo, comprobar que era real después de pellizcarse ella y hacerse daño, oír esa carcajada ante su incredulidad.

Blue la dejó tocar su cara, acariciar esos pómulos de estatua griega, esa barbilla... nariz... pelo... ojos que la contemplaba con un aprecio y amor que la hacían sentirse tan única.

—¿Quién eres?

—Soy quien te cuida, te apoya en todo momento, te observa cada noche para cuidar de tu sueño, para estar cerca de cada paso, para curar cada herida... soy tu compañía de cada noche que escucha todos tus pesares, soy tu guardián...

—Pero los ángeles de la guarda nunca se hacen visibles ni se enamoran, ¿no?

—Ese es mi problema, tú.

—Si soy un problema...

—No me he explicado, no quiero seguir invisible... tú eres mi problema, me enamoré de ti, eres mi problema, ya no deseo solo tenerte en distancia —la tomó de la cintura, volvió a aproximarse a su boca—. O lo que es igual... no deseo verte solo cuando estás en el mundo onírico. Es demasiada tortura pudiendo tener así, cerca... Y dime... —le susurró casi mientras iba preparándose para besarla— ¿acaso no te acuerdas de mí? Te dejé que me vieras varias veces, hemos hablado y hablado tanto...

—Siempre pensé que eras un sueño.

—Soplaste las velas, me llamaste, tu deseo hecho realidad— besó su boca— ¿Y si me quedo aquí contigo? —la besó abrazándola, acariciando su espalda pegándola a él— Dime que no me quieres aunque sea un poquito...

—Blue... —susurró ella su nombre volviendo a dejarse llevar por sus besos, se retiró un segundo y le susurró al oído— creo que lo sabes... eres mi ángel...

Él rio regresando a su boca, desabrochando la cremallera del vestido y bajando en cascada de besos a sus hombros que iba dejando al descubierto.

—Tu amor secreto.

Ani rio.

—Feliz Navidad, Blue.

—Feliz Navidad, amor —dijo perdiéndose en ella, rodeándola con sus divinas alas.

Detalles

Por detalles de momentos, pero no de regalos. Por detalles de tiempo dedicado pero no de perdones sin hablar...

Por detalles que me hacen quererte, como siempre, a la antigua; por detalles... que sólo tú puedes entender y convertir mi mundo en un universo con tu sonrisa.

Aparqué el coche, suspiré, sabía que quedaban más de dos horas para que saliera, aun así, quería esperarla ahí.

La busqué desde mi cutre visión de día lluvioso, una tarde de invierno, una cualquiera, en la que las últimas hojas van cayendo al suelo por la fuerza del agua y el aire, y molestan, molestan tanto que me dan ganas de acercarme hasta donde sé que está trabajando.

Apago el motor, miro el bar de enfrente. Está abierto y no hay jaleo. Me decido y salgo con la chaqueta tapándome la cabeza como un loco al que no quiere que vean los de la prensa rosa. Llegando a mi objetivo, cierro el coche con el mando, bendito invento.

Encuentro mi lugar y me pido una *coca cola* que me sirven con unos frutos secos; son las casi las siete de la tarde. Las clientas vuelven a entrar y salir con sus rulos y pelos envueltos en gorros para fumar a pesar de la que está cayendo.

Y ahí estás tú, con ese delantal de chillones colores fosforitos, con tu nombre escrito en la pechera. Tu corto pelo recogido para que no te moleste en tu trabajo, con tus gafas doradas y redondas que hacen de tu cara un dulce atrevido, estás tan sexy así.

Suspiro de nuevo. Estoy en un lugar público, con pensamientos en ti y no precisamente sanos en ese momento.

Te sigo observando, ya sí, ya te tengo en mi punto de mira. El ventanal de tu peluquería está bien limpio a pesar del tiempo que corre o será que yo ya sé tan bien cómo es tu silueta que por mucho que el agua quiera caer sé bien donde estás.

Cepillas un cabello, ríes, regañas a la del al lado por quitarse la toalla. Miras hacia atrás, pendiente de algún tinte... y así se pasan las horas.

Tres refrescos y sigo en el mismo lugar, esperándote.

Voy viendo como el local se vacía y por fin vas bajando las persianas. Es mi momento. Pago al camarero y me acerco. Por suerte ha parado la lluvia aunque aún siguen cayendo esas últimas hojas que se despiden de un otoño retrasado, mezclado con una casi navidad.

Llamo a la puerta. Miras a través de la persiana y me abres con una sonrisa, esa sonrisa que ensancha mi mundo.

—Aún tengo que limpiar... no he acabado...

—No importa —le dije viendo donde estaba la escoba y recogedor.

Me puse manos a la obra. Ella cerró la puerta. Las luces de colores que adornaban el escaparate iban en venían con una extraña melodía que parecía sonar en mi cabeza, era su canción, esa canción de antaño que a ella le gusta tanto y a mí me encanta para bailarla a su lado.

Siento el grifo y sé que estás lavando los cepillos que te quedan. Recojo y sigo con lo mío, no es la primera vez que ayudo. Entre los dos terminamos en menos de lo que creemos.

Suelto el fregón satisfecho, te miro y me miras, sonrías y yo vuelvo a encandilarme en esa curva de tus labios.

—Gracias.

Me acerco más a ti.

—No hay de qué.

—Sí que lo hay.

—Digamos que ya estoy compensado.

Vuelves a reír y me tomas con tus manos mi rostro. No soy guapo, sólo sé que tú eres perfecta en todos mis sentidos, mi diosa, mi todo.

Me besas lentamente y el nerviosismo se me pasa al estómago, como un joven enamorado por primera vez.

—Perdón por acabar tarde.

—No tienes que pedir disculpas —le dije besándola yo esta vez, tomando su rostro y atrayéndola hacia mí—. Tus clientas se han ido la mar de contentas.

Su risa, esa música celestial que atraviesa mis oídos.

—Me encanta que me esperes.

—¿No preferirías un ramo de rosas y una cena en casa?

—¿Y marcharme sola? No —me miras seria—, te prefiero aquí y ahora, a ti y a nada más. ¿Rosas? Tu tiempo, ese no se marchita... y me haces quererte tanto...

Sonreí, mi chica, la que le es de detalles, pero de detalles de momentos, de esas antiguas que se valen con tu presencia no con objetos... mi amor.

Me arrodillé sacando la cajita que ya tenía preparada. Ella se me quedó mirando con sorpresa.

La abrí y ahí estaba, ese anillo que nos salió en una bola de esas de las máquinas para niños, uno que su sobrina me dio para pedirle matrimonio.

Rió.

—¿Quieres casarte conmigo?

Se agachó cogiendo el anillo poniéndolo en su dedo meñique, el corazón de purpurina brillaba con las luces del escaparate.

Me abrazó haciendo que cayera hacia atrás, besándome intensa, con esa pasión cegadora que me sobrecogía. Mis brazos la abrazaron no queriendo dejarla escapar.

—Síiiiiiii...

Reímos.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —me contestó haciendo que terminase de perder mi cordura.